

CORRESPONDENCIA

EGIPTO

Progresos de la Misión franciscana

Es en sumo grado consolador, escribe un Padre misionero franciscano, para el que por vez primera pisa estas tierras, el ver que en el Egipto, cuna, podemos decir, del Paganismo, sean aún numerosos los seguidores de Cristo, muchísimos los que adoran á Dios en espíritu y en verdad: al fin es tierra santificada por los sudores, trabajos y angustias de Jesús, María y José, y aunque ingrata, no llega á serlo tanto, que después de diecinueve siglos no dé patentes muestras de la influencia divina de aquella prolongada visita de los tres santísimos Desterrados de Judea.

Al lado, pues, de tantas otras creencias, tiene también aunque no tan dilatados, mejor sentados sus reales el Catolicismo desde sus mismos principios: un tiempo las creencias del Cristianismo lo absorbían todo en esta parte del Africa. Cuando los Cirilos levantaban su voz en Alejandría y los solitarios de la Tebaida llenaban de admiradores los más recónditos parajes del Egipto, las deidades de Menfis y de Tebas enmudecieron aterradas por la verdad, y sus sacerdotes y sus sectarios tuvieron que replegarse, cual acosadas fieras, hacia el interior del continente, muy lejos de aquellos templos que por tantos siglos habían encubierto las abominaciones que en su culto prescribe siempre el príncipe de las tinieblas, Satanás.

Pero esta tierra que visitaron el Verbo encarnado y su Madre Santísima, que fecundaron con su fe los Apóstoles, que regaron con su sangre los Mártires, santificada por las virtudes de tantos Santos, atrajo sobre sí una maldición, y mereció que el Señor la abandonase en manos del Islamismo, y que hasta hoy sea una tierra casi del todo estéril. El Egipto de hoy, con muy escasa diferencia, vuelve á ser el Egipto de hace diecinueve siglos; pero al fin es, como dije, una región visitada y santificada con la presencia de la Trinidad de la tierra, Jesús, María y José, y como tal no podía pa-

sar desapercibida al celo de San Francisco y de sus hijos, que desde la memorable victoria de las armas cristianas sobre la Media Luna en las aguas de Lepanto, no han dejado de enviar dignos misioneros que trabajasen con sus cuidados, y regasen con sus sudores y hasta con su sangre, esta preciosa porción que nos legó como en herencia el Seráfico Patriarca.

La gran ciudad del Egipto es Alejandría, que por su posición estaba llamada á serlo, máxime desde la ocupación, no sé si diga usurpación, inglesa: Alejandría es también el centro de la Misión Franciscana en Egipto, dependiente, como ya se sabe, de la Custodia de Tierra Santa, cuyos Superiores en su anhelo de ampliar más y más el reinado de Jesucristo, la tuvieron siempre bien surtida de personal; personal que es preciso reforzar casi anualmente, porque cada año se ve más floreciente y numerosa esta pequeña porción de la grey del Señor. Hoy somos veinticuatro Religiosos, y apenas

bastamos para llenar bien las funciones y necesidades encargadas á nuestro apostólico ministerio. Nuestra primera residencia en Alejandría fué una de las habitaciones de la casa consular, que servía al mismo tiempo de capilla parroquial donde los fieles, residentes ó traficantes, asistían á los divinos Oficios, escuchaban la divina palabra y recibían los auxilios espiritua-

les que no les escatimaron nunca los hijos de San Francisco.

El P. Pablo de Todi, custodio de Tierra Santa allá por los años de 1632, fué el primero que, para atender mejor á las necesidades de los fieles y á la comodidad de los misioneros, fundó convento é iglesia franciscanos, bajo la advocación de Santa Catalina, virgen y mártir, en esta ciudad de los Ptolomeos. Mas ya dije que así fieles como Religiosos iban en un aumento continuo, y esto hizo precisa la ampliación de la iglesia y convento hasta por tercera vez, siendo colocada la primera piedra de la última construcción en 13 de Abril de 1847 bajo la dirección de Fr. Serafín de Beceno, quien la dió por terminada en 1850; esa iglesia es la que hoy sirve de parroquia en Alejandría, y donde el Vicario apostólico ejerce y oficia de pontifical.

La juventud católica es aquí como en todas partes lo que constituye el primer cuidado del misionero: no se



UBANGHI (*Africa Occidental*).—Religiosas de Brazzavilla y niñas costureras trabajando. (Pág. 106).

la abandona nunca, porque sería perder el fruto de muchos siglos á vuelta de una generación. A este fin la Custodia de Tierra Santa levantó muy pronto (1857) al lado mismo de la iglesia un Colegio donde aquella recibiera sólida y cristiana instrucción; sometió la dirección á los beneméritos Hermanos de las Escuelas Cristianas, reservándose la propiedad á nombre de la Santa Sede; así consta en el documento que autoriza la entrega. No fué bastante ese Colegio á vuelta de una decena de años: las familias que encargaban á los Religiosos, ya por devoción, ya por necesidad ó carencia de medios, la educación de sus hijos eran sin número, y como á gran parte era necesario imponerlos hasta en los rudimentos del propio idioma, de ahí el tener la Custodia que levantar otro centro de instrucción á que se da el nombre de *Araba*, porque en él se enseña á los niños la lengua del país, el árabe: estudian además el italiano, el francés, el inglés y algunas otras lenguas, todo bajo la dirección de los Padres de esta Casa-Misión.

El Padre Guardián del convento desempeña el oficio de párroco, ayudándole en su ministerio los Religiosos peritos en los idiomas más comunes del Egipto, quienes además prestan sus servicios, en clase de capellanes, en los hospitales, en las casas y colegios de nuestras Hermanas Terciarias Franciscanas Misioneras, de las Hermanas de San Carlos, Hermanos de las Escuelas Cristianas y en todos sus colegios.

También en estas apartadas regiones hay muchos y muy fervorosos Hermanos Terciarios, que constituyen una muy respetable cifra, atendido que vivimos entre infieles donde las Asociaciones religiosas, si radican, tardan mucho en crecer y desarrollarse por causas que nadie ignora. Nuestra Tercera Orden es muy antigua en Alejandría, tanto que no puede señalarse año de fundación; sólo en la tradición nos fundamos para afirmar su larga existencia. Desde 1843 se lleva nota de sus progresos y de la regularidad de sus funciones y trabajos; en ese año contaba con pocos miembros y menos elementos, pero gracias al incansable celo de los misioneros el grano de mostaza creció, hízose robusto y corpulento árbol, cobijando hoy bajo sus ramas más de trescientos seis individuos, que son la vanguardia de los demás cristianos, ya por su fervor y arreglada conducta, ya también por su puntual asistencia á todo acto ó función religiosa. ¡Tal vez no podrán decir otro tanto muchas poblaciones de la católica Europa!

Tenemos también erigidas otras Congregaciones, entre ellas la del Sagrado Corazón de Jesús, del Carmen y de la Sagrada Familia: esta última hace cinco años que se instaló en Alejandría; al principio fué recibida con mucha indiferencia, como todas las demás; pero gracias al cuidado, los trabajos y la no interrumpida predicación de los misioneros cuenta ya con ochenta individuos.

Los datos oficiales que pueden dar una idea del estado de nuestra Misión al finalizar el año 1892, son: Bautizos, 563; matrimonios, 112.—Número de niños que asisten á nuestras escuelas: *Católicos*. Latinos, 200; griegos, 12; maronitas, 12; coftos, 1. *Cismáticos*. Griegos, 8; coftos, 8. *Turcos*, 1.—Total, 242.

MADAGASCAR

Una madre de familia en el dispensario de Tananarive

Creemos serán leídos con interés los pintorescos detalles que debemos á la bondad de un reverendo Padre de la Compañía de Jesús, procurador de la Misión de Madagascar. ¡Cuán ingeniosas industrias inspira el celo por la salvación de las almas á los misioneros de la grande isla!

LA vista del grabado que os remito (*V. la página 109*), cuantos han vivido en la capital de Madagascar no dejarán de exclamar: «¡Es de pasmosa exactitud!»

En efecto, es el exacto tipo de la mujer hova de mediana posición, cuya mayor fortuna son sus hijos: aunque tenga una esclava á su servicio, esto no la dispensa de cuidar por sí misma á sus pequeñuelos. Para salir muy modestamente con sus tres niños, ha tenido que agotar su ropero, en el que tal vez no habrá quedado un lienzo. Sea como fuere, Ramatoa llega al dispensario con los cabellos recién trenzados, y con evidentes señales de haber recibido copioso baño de sebo.

A su derecha se ve una cabeza cuya cabellera, aunque sencillamente dispuesta, no carece de elegancia. Rasgo común á las hijas de Eva de todos los países: entre ellas la afición al tocado no aguarda la edad correspondiente. Esta es la hija mayor.

A izquierda, en el ángulo inferior, otra niña más pequeña deja ver su cabeza coronada por un bosque de cabellos, que su madre, por falta de tiempo ó de paciencia, no ha peinado todavía.

Por encima del hombro de la madre asoma la cabecita el hermanito. No le cubren blancas mantillas, ni calza elegantes zapatitos, ni adorna su cabeza rizado gorro: no tiene otro vestido ni cuna que el lamba y los hombros de su madre. Sus mofletes, sin embargo, revelan que no le sienta mal el régimen á que se ve sometido. Una ramita de lila en flor le sirve de muñeco.

¿Queréis saber los nombres de los personajes? La costumbre del país permite decirlos *à priori*.

Así la niña mayor es Raketaka; la más pequeña, Rai-vo, y el hermanito, Boto: á la madre no le desagradará oírse llamar Reniboto, madre de Boto.

Si estos nombres no son siempre exactos, por lo menos son verosímiles.

A buen dibujo, bella leyenda. Lo dicho hasta aquí sólo da débil idea de la parte artística de la obra: falta presentar su parte apostólica.

En la mente del artista misionero las formas exteriores quedan relegadas á segundo término: lo que le interesa sobre todo es el alma; sí, el alma, que es preciso salvar. Este es el motivo porque coloca la escena en el dispensario de Tananarive.

Ocio es decir que en Madagascar, como en todos los países, el dispensario es un poderoso medio de propaganda. ¡Cuántos malgaches han encontrado en él la puerta de la escuela ó de la iglesia y el camino del cielo! ¡y para cuántos cristianos fué una tabla de salvación después del naufragio de la virtud ó de la fe!

Para formarse idea del bien que se ha hecho por medio del dispensario de Tananarive en particular, con-

viene asistir á una de las sesiones de que es teatro bendito.

¡Felices mañanas que recuerdan algo las escenas del Evangelio, con las muchedumbres que se estrechaban en torno del Salvador para presentarle los enfermos y afligidos! ¡Dulce recuerdo de un pasado que ya no existe! Séame permitido relatarlo en breves líneas para completar el cuadro.

Ante todo, el corredor queda transformado en vestíbulo del dispensario. A las siete de la mañana la multitud invade el harto modesto recinto, y llega hasta la calle. A las ocho se abre la puerta para los hombres, y luego les llega el turno á las mujeres y niños.

En un ángulo de la pieza la Hermana prepara y distribuye los remedios, habiendo tenido cuidado de llenar previamente varias botellas con tisana de las cuatro flores. Util precaución, pues la experiencia nos ha demostrado que los malgaches muchas veces traen los enfermos por el aliciente de la bebida.

En el centro de la sala hay una mesa junto á la cual se sienta el misionero, pronto á escuchar á los clientes, y, en su calidad de médico, á extender la receta.

Como á más de doctor es padre espiritual, procura atraerse á la infancia, y al efecto tiene al lado una cestita muy apreciada de los niños, pues de ella sale un medicamento llamado *ody ambavafo*, remedio para el estómago, que entre nosotros se denomina *golosina*, y en Madagascar *mofo mamy*, pan azucarado.

Concluida su tarea, invita á hombres y mujeres á sentarse formando círculo. Sentado él á su vez en el centro, interiormente da gracias á Dios por haberle deparado tan numeroso auditorio, pues á veces, sin contar los niños, se reúnen treinta padres y madres. Mientras se restablece el silencio, pasea una mirada de apóstol sobre su auditorio. ¿Qué lenguaje conviene emplear para ganar aquellas almas al Divino Maestro? Cuestión es ésta que deciden la inspiración de la gracia y las circunstancias. Sea como fuere, les dirige una alocución que varía más ó menos en la forma, pero cuyo fondo es casi siempre el mismo.

Véase una muestra:

«¡Amigos míos, salud, oh vosotros que habéis llegado sin accidente alguno á la casa de un padre y de una madre!

«No os habéis equivocado; pues, por la gracia de Dios, nosotros somos verdaderamente vuestro padre y vuestra madre.

«Dios se ha mostrado lleno de misericordia con nosotros, Padres, Hermanos y Hermanas. Nos ha concedido los remedios del cuerpo y los del alma, y después de esta vida quiere hacernos participantes del reino del cielo.

«El nos dijo: Id á Madagascar á curar á los enfermos y á instruir á los ignorantes...

«Y los Padres, Hermanos y Hermanas nos pusimos en marcha, pues nos dijimos: El Hijo de Dios ha bajado del cielo para salvarnos; y nosotros, pobres mortales, ¿no abandonaríamos á nuestra patria para salvar á nuestros hermanos de Madagascar?

«Henos aquí en medio de vosotros, para procuraros

los bienes que no poseéis todavía. Vosotros tenéis arroz, gallinas, bueyes, pero muy pocos remedios, y sobre todo, no conocéis el camino del cielo... Tened confianza: nosotros os lo enseñaremos todo.

«Permaneceremos con vosotros en vida y en muerte, pues tenemos nuestro sepulcro en Ambohipo.

«—¡Que Dios os proteja! exclaman los oyentes conmovidos: ¡gracias! realmente tenemos en vosotros un padre y una madre.

«—Vosotros queréis remedios, ¿no es cierto?

«—*Kny, ody-kaukana*. (Sí, remedio para los gusanos).

«—Estad tranquilos; todos seréis servidos, y gratis... sin excepción alguna, cualquiera que sea vuestra Religión.

«—Gracias, señor, que Dios os proteja.

«—Sin embargo, como yo soy vuestro padre y vuestra madre, añado lo siguiente: Ya sabéis el proverbio: *Tsy mety ny manao toa tapanus* (No debe hacerse el bien á medias). Pues bien; nosotros, vuestro padre y vuestra madre, seguimos esta máxima. Deseamos haceros bien, no á medias, sino de una manera completa.

«—*Trarantrita, Tompokoe!* (¡Vivid muchos años, señor)!

«—El remedio de los gusanos sólo cura el cuerpo; mas tenemos también remedios para el alma, que varían según la edad...

«Para los pequeñitos, como Boto, por ejemplo, es el bautismo, que los hace hijos de Dios y herederos de su reino; para los niños que saben contar hasta diez, tenemos la escuela de los Hermanos y las Hermanas.

«Para vosotros, padres de estos niños, hay la iglesia, en donde aprenderéis á conocer á Dios y el camino del cielo...

«Os digo estas cosas porque soy vuestro padre y vuestra madre, y deseo colmaros de los mismos bienes que yo poseo...»

Por la gracia del Señor no quedan sin fruto estos afanes del misionero.

Año ha habido en que los resultados del dispensario han sido mil doscientos bautismos de niños, muchos de los cuales han volado ya al cielo, sin contar los alumnos atraídos á nuestras escuelas, y los adultos primero neófitos, y después hijos de la Iglesia católica.

He supuesto que Ramatoa no es católica: por desdicha se encuentran en este caso la mayoría de las madres malgaches. Las ricas se ven obligadas en gran parte á seguir la religión del Estado, que es el Protestantismo. Las pobres ó esclavas pueden más fácilmente, sobre todo en el campo, sustraerse á la presión oficial. Así se comprenderá que entre nuestras clientes del dispensario tenemos muchas mujeres todavía paganas ó alistadas en la herejía.

Mas si la madre es católica la cosa cambia y los nombres también.

Entonces Reniboto será Rosalía; Raketaka, Angela; Raivo, María, Rosa, y Boto, Rafael, nombres aquí muy apetecidos.

Y siendo Rosalía de la «raza escogida,» según la palabra del Apóstol, no puede tratársela como una profana, ni confundirla con la multitud de herejes ó idólatras. Así, pues, tendrá los honores de una audiencia particular.

Vedla sentada en una silla, junto á la mesa del misionero... ó del médico, si se quiere. Después del diagnóstico de los niños, que termina generalmente con la prescripción de una dosis de santolina, viene el de la madre, mucho más grave é íntimo.

—¿Y tu alma? dice el médico; ¿no te preocupas por ella? Tú estás mucho más enferma que tus hijos, ¿y sólo pides remedio para ellos? Hija mía; que no se diga de ti lo que los antepasados decían de Rabetsiafindra: *Mahay ho an'olona fa tsy Mahay ho an'tena* (Cuida de los demás y se descuida á sí misma).

Rosalía baja la cabeza: comprende lo que quiere decirsele, y acepta la receta.

Después de haber administrado en el dispensario el remedio á sus hijos, se dirige á la iglesia para tomar el suyo.

Excusado es decir que Rafaelito no se mueve de su ambulante cuna durante la ceremonia que va á cumplirse. Por lo demás, no incomoda poco ni mucho á la madre. Cierta es que mientras Rosalía puesta de rodillas se prepara para el sacramento de la Penitencia, Rafael desde lo alto de su trono interroga en alta voz á los ecos de la iglesia; pero esto es sólo un preludio de los cantos sagrados que, tres ó cuatro años más tarde, ejecutará como alumno bajo esta misma bóveda. ¿Cómo esta idea pudiera ser nociva á la oración de la madre?

En el confesonario tampoco se cambia nada: ved á la madre, con su capuchón viviente, frente de la rejilla. ¿Está asustado Rafael? Todo menos esto. ¿Habrá reconocido tal vez detrás de la rejilla al médico que acaba de darle en el dispensario el pedacito de *pan azucarado*? No lo sé. ¿Es tal vez gracia de estado para un porvenir próximo? ¡Quién sabe! Dentro de tres ó cuatro años este niño asistirá á las clases, vendrá á arrodillarse en este mismo lugar, y, como sus condiscípulos, todos los meses, desde la edad de cinco años hasta los diez, época de la primera Comunión, se confesará como lo hace ahora su madre. Sea como fuere, Rafaelito sonríe, y á veces trata de unir su voz á la de la penitente. En breve se levanta la mano que bendice y perdona: la madre y el niño han recibido su parte de gracia.

Al igual que la preparación y la confesión, la penitencia se cumple en común, y la familia vuelve á su hogar en paz y gracia de Dios.

Las dos niñas, alumnas de las Hermanas y fieles á la confesión mensual, y Rafaelito, rico con la inocencia bautismal, han recibido en el dispensario el remedio para el cuerpo, el único que habían menester, y la madre ha encontrado el remedio de que su alma tenía necesidad.

Feliz testigo de estos hechos, el misionero da gracias á Dios. «Me he hecho todo para todos; á fin de ganarlos á todos para Jesucristo,» dice el grande Apóstol; y el misionero de Madagascar, sacando la conclusión de esta fórmula general que resume el celo apostólico, vie-

ne á decir: «Para ganar á los malgaches á Jesucristo, me he hecho médico... y aún dentista...»

Tal es, en particular, el caso del artista misionero, autor del bello dibujo de la pág. 109.

Esto no le impide al Rdo. P. Alfonso Taix, de la Compañía de Jesús, ser un arquitecto de mérito. Después de haber erigido en Tananarive la catedral, el sepulcro de la Misión y la residencia episcopal, monumentos que no harían mal papel en Europa, edificó una residencia y una iglesia en Fianarantsoa, capital de los betsileos, merced á una insigne bienhechora que tiene por divisa: «El Rey de reyes ante todo.»

Espero que, conmovido por esta atención, el Rey de reyes, que es al mismo tiempo Salvador dulcísimo, se dignará suscitar otras almas generosas para que puedan llevarse á cabo tantas obras indispensables en la Misión de Madagascar.

GOLFO DE GUINEA

Fiestas del Corazón de María.— Modo de celebrar las bodas.— Breve estadística

El Rdo. P. Benigno Pascual, misionero Hijo del Corazón de María, escribe desde Annobón con fecha de 21 de Noviembre de 1893:

La víspera de la fiesta del Corazón de María, que aquí celebramos en Agosto, como todo nuestro Instituto, se anunció por una continua descarga de fusilería, que es para estos isleños la señal obligada de todas las que llaman fiestas grandes y muy grandes. Amanecido el día, todos procuraban por su parte contribuir á la solemnidad poniéndose los mejores vestidos.

El día de la fiesta hubo por la mañana Misa de Comunión; después otra Misa cantada, y luego siguió la comida de arroz y carne para los niños y niñas de la escuela. Por la tarde, rezado el Santo Rosario, se organizó una procesión que podríamos llamar lucidísima. Salieron en andas la imagen de San Estanislao, llevada en hombros de niños, negros de cuerpo, pero de alma blanquísima por su candidez é inocencia, virtudes de nuestro Santo; la de San José, conducida por hombres casados, y la del Corazón de María, llevada por las niñas, todas tres esmaltadas de luces y flores artificiales. Sobremanera admirados y sorprendidos quedaron estos sencillos annoboneses ante la hermosura de las Imágenes, el canto de la Letanía, el repique de las campanas y las continuas descargas de fusil; pero lo que cautivó su atención fué la bonita imagen del Corazón de María, que en el último viaje nos había llegado. Apenas bastaban los esfuerzos del reverendo Padre Superior, del H. Coll y de los dos indígenas que representan la Autoridad civil para ordenar la procesión. Todos querían aproximarse á la Imagen para contemplarla á su sabor. ¡Tanto les agradan las cosas artísticas y hermosas! Así concluyó la fiesta del Corazón de María, que el pueblo de Annobón, dócil á la voz del misionero, acostumbra á celebrar con la mayor solemnidad y devoción.

El día de las bodas es celebrado por estos indígenas con ciertos ritos ó costumbres que no carecen de originalidad y gracia. Luego de concertados los esponsales, aprovechan el tiempo necesario para las proclamas en disponer todos los preparativos indispensables en tales casos, á fin de que los parientes queden complacidos.

Los unos fletan el cayuco para dedicarse á la pesca; otros se dirigen al bosque para extraer el vino de palmera. Los chiquillos van al campo, donde se cargan de plátanos, bananas, yuca y moniatos, mientras que las mujeres preparan y confeccionan la *pachoca* ó pan de yuca, el *bujagany* ó pan de bananas, y el *bubatal* ó pan de moniatos y otras pastas, tan sabrosas á su paladar como las jaleas y confituras para el europeo.

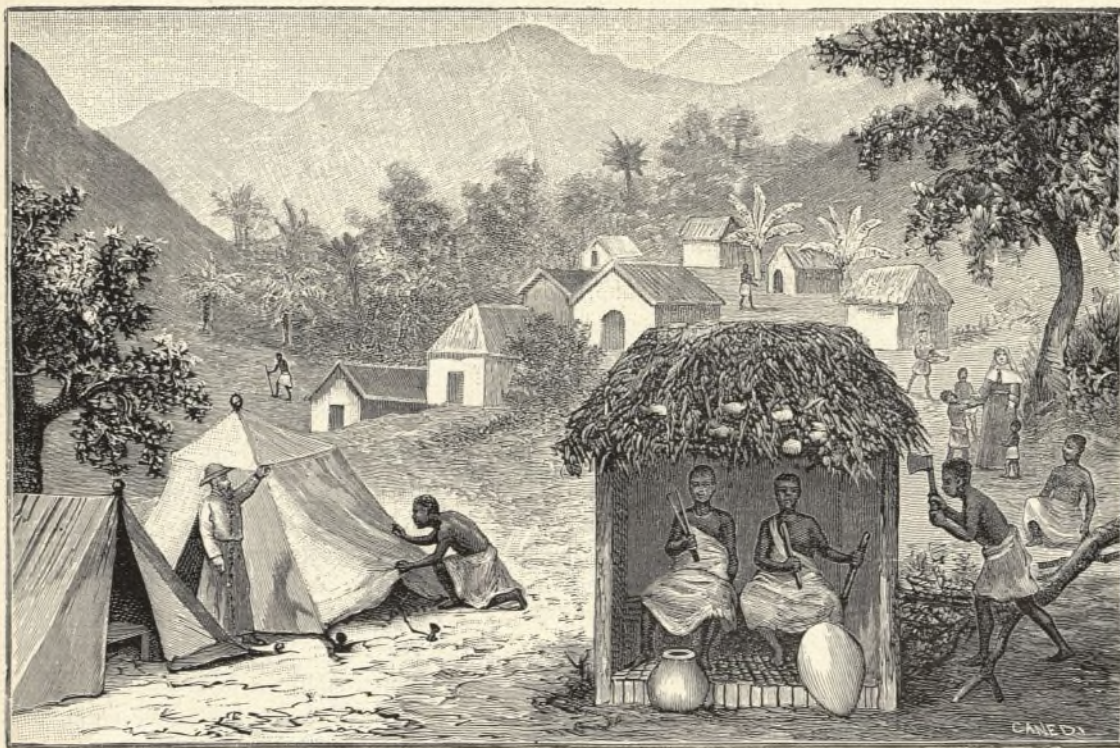
De los vestidos nupciales queda encargado el Padre misionero.

otros se encargan de aturdir los oídos con el *tan tan* de unos cuantos tamborcillos. Acabado el canto, los recién casados hacen una media genuflexión hacia la iglesia, y todos emprenden su marcha, con la particularidad de que las mujeres se ponen la mano en la frente en forma de visera, indicando pudor y vergüenza. Quiere informarme de un anciano sobre el significado de esta costumbre, y me respondió:

—Padre, yo no saber; yo cuando nace encuentra así.

Al anochecer, durante la octava, se reúnen en la calle los parientes de los recién casados, y allí obsequian á éstos con cantares, que los consortes retribuyen con vino de palmera, servido en cáscaras de coco.

Estos isleños todavía conservan algunas ridiculeces del tiempo de su infidelidad, como son los gritos y llantos en el entierro de los muertos y algunas supersticiones del *Pfia* ó espíritu malo; todas las cuales, con el



UBANGHI (Africa Occidental).—Negras que quieren hacerse fetiquistas. (Pág. 105)

—Muchas gracias, Padre, dicen unos al recibir su codiciada prenda.

—Muchísimas gracias, señor Padre, añaden otros; y no falta quien con acento conmovido exclame:

—*Nachua da vo vida*: Dios os dé larga vida, Padre.

Pero cuando el misionero les advierte que aquellos vestidos son regalo ó limosna de algunas personas muy buenas de España que se acuerdan mucho de ellos, ¡qué impresión les hace el saber que la gente blanca, sin conocerles, les ama y envía ropa para vestirse, cumpliendo á la letra la preciosa obra de misericordia: *vestir al desnudo*!

Casados ya y oída la Santa Misa, salen de la iglesia, ante cuya puerta se detienen formados en semicírculo con la cabeza algo inclinada hacia adelante y los ojos modestos. Entonces el más anciano entona un villancico al Niño Jesús, recién nacido en Belén, mientras

trato é instrucciones de los misioneros, se van desarraigando. Todo sea para mayor gloria de Dios y de nuestra querida Madre.

Los bautismos, desde Agosto inclusive hasta fin de Octubre del presente año, han sido 15, los matrimonios, 48; las defunciones, 17.

La escuela de párvulos consta de 80 niños, la elemental, de otros 80; la de niñas, 140; total: 300.

Entusiasmo por dos Imágenes.—Bautismos y matrimonios en Corisco.—Inmenso bien que producen los donativos.—Nuevo rescate de niñas

MUCHAS cosas podría referir, escribe el P. Jacinto Guiu, en justificación de estas Misiones, cuyos trabajos no corresponden, por desgracia, á los continuos sacrificios que tenemos que imponernos re-

corriendo esta pequeña isla para ejercer el ministerio entre estos indígenas, y convencer á los jefes de familia sobre las ventajas que han de reportar sus hijos en nuestros colegios. La inconstancia en los unos y el mal ejemplo que dan otros, nos destruye no pocas veces en poco tiempo lo que nos había costado largos meses de edificar. Sea Dios bendito y nos otorgue santa conformidad.

Esto no quiere decir que nos falte alguna dedadita de miel entre muchos sorbos de amargura. El Dios de toda consolación nos proporciona para nuestro aliento muchas ocasiones en que experimentamos dulces satisfacciones.

Empezaré por referir á V. lo que sucedió en esta Misión de Corisco al recibir las imágenes de San José y San Francisco Javier que nos mandaron de Barcelona en el paquete de Julio. Fué muy grata la impresión que causó en los circunstantes al descubrirlas. No bien las habíamos colocado sobre una mesa del recibimiento, pasó por delante de la Misión el principal jefe de la isla, cristiano, llamado Fernando, que fué de los primeros frutos que consiguieron nuestros misioneros.

Este hombre es digno de elogio por el sacrificio que hizo al abrazar nuestra Sacrosanta Religión, pues además de tener que desprenderse de nueve mujeres de las diez que poseía, despreció con varonil entereza las ofertas de los protestantes, que desde pequeño le habían tenido en sus escuelas y por haber salido tan instruido trataban de hacerle pastor, y rompiendo con todos esos lazos que le tenían aprisionado, abjuró los errores protestantes en manos de nuestros Padres misioneros y se hizo católico.

Pues bien: este señor, al ver las Imágenes, quedó tan absorto á su vista que por un grande rato no pudo separarse de su presencia, no acabando de admirar su belleza. Otro tanto acaeció á algunas otras personas que allí estaban, juntamente con los niños y niñas de los Colegios que sucesivamente fueron visitándolas. De un modo especial llamaba la atención la gracia del Niño Jesús que San José lleva en sus brazos, y el negro que está á los pies de San Francisco.

No fué menos grata la impresión que causaron al verlas el día del Inmaculado Corazón de María colocadas en dos capillitas del nuevo altar mayor, que también veían por primera vez pintado, aunque sencillamente. Así se van acostumbrando al culto de las imágenes, que antes miraban, si no con horror, al menos con indiferencia, imbuídos como estaban de los errores protestantes.

También contribuyó á la mayor solemnidad de la fiesta el bautismo que se administró á tres catecúmenos antes de la Misa solemne, á los cuales se administró el santo matrimonio con toda solemnidad, causando nueva admiración á la muchedumbre que asistió, las ceremonias que nuestra Santa Madre la Iglesia tiene destinadas para la administración de este Sacramento.

Otra muchacha llamada Julia, hacía ya algún tiempo que había contraído matrimonio con un joven cristiano educado en nuestro Colegio: con esto han quedado ya constituídas dos familias en el nuevo pueblo cristiano, que con tan vivas ansias deseábamos formar alrededor de la Misión, por ser el único medio para conservarlos

en el cumplimiento de los deberes contraídos, y por otra parte necesarios para conseguir su eterna salvación.

A estas nuevas familias, como es de suponer, se les ha de construir la casita, hay que proporcionarles algo de ajuar, á lo menos ahora al principio; lo cual, aunque sean cosas de poco valor, no obstante no deja de importar un trabajo y gasto más que regular.

Tengo la satisfacción de participar que se han rescatado cuatro jóvenes, las cuales se van preparando para el Bautismo: teniendo en cuenta la nota de los bienhechores, se les impondrán los nombres que por turno correspondan.

A este propósito juzgo oportuno advertir á V. y á los referidos bienhechores, que ahora se ha triplicado el precio del rescate de niñas: lo regular es pedir por cada una de ellas de cuatrocientas á quinientas pesetas, y aun así nos cuesta un triunfo cada rescate. ¡Tal es la oposición de estos indígenas á desprenderse de lo que adquirieron como vil mercancía! Y es doblemente sensible esta dificultad, porque de rescatar muchas jóvenes tendríamos resuelto el problema de la formación de familias católicas con los jóvenes que salen de nuestros Colegios, y á quienes hay que colocar pronto para librarlos de los mil peligros de perversión que se les ofrecen.

ECUADOR

Nacimientos.—Desatención de los padres para con los hijos y viceversa.—Entierros de adultos.—Idem de niños

NACIMIENTOS y defunciones.—Al nacer un jíbaro, concluye el P. José Vidal, M. O., no practican ceremonia alguna, ni siquiera una fiesta de familia. Les parece tan natural, que no dan importancia á este suceso. El recién nacido viene á este mundo en estado salvaje; así crecerá y se desarrollará sin conocer apenas las caricias maternas y mucho menos las paternales. Tienen los padres solicitud para su hijo, lo cuidan para que viva, prodigándole aquellas atenciones que pide la infancia, ni más ni menos que los animales prestan á sus hijos mientras no pueden valerse por sí mismos. El recién nacido queda tan al cuidado de la madre, que es rarísimo que el padre tome en sus brazos al pequeño para hacerle una caricia ó aliviar á su esposa.

Tan pronto como la madre ha convalecido continúa sus tareas domésticas como antes, sin que los nuevos cuidados de la maternidad la dispensen en nada, con el hijo irá á la huerta para la provisión de víveres y arrancar la maleza; acompañará á su esposo, cargando junto con el niño los comestibles. Si al estar la madre en sus quehaceres domésticos el niño le estorba, lo deja en el suelo ó en una *barbacoa*; y si el hijo llora, callará cuando se canse. He notado varias veces esa desatención de parte de los padres, que no se preocupan de las lágrimas y llanto de sus hijos: también he observado que á medida que el hijo crece manifiesta menos amor á sus padres, y he visto niño de seis á siete años que pegaba á su madre como pudiera hacerlo á su hermanito. Esto de pegar no se repite cuando llegan á

los diez ó doce años de edad. Advertiré aquí de paso que los jíbaros, aun cuando existen entre ellos rivalidades, odios y rencores, nunca llegan á las manos, de modo que el pugilato es desconocido entre ellos.

Si el nacimiento fija poco la atención del jíbaro, casi pasa lo mismo con la muerte. De lo que dejo referido en otro lugar, se desprende que pocos llegan á viejos, por cuanto el modo más ordinario de morir es de muerte violenta: en este caso los asesinos se encargan de sepultar bajo tierra á la víctima y hacer desaparecer las huellas del asesinato: empero cuando la muerte es natural consecuencia de una enfermedad, ó por un accidente cualquiera muere el jíbaro en el seno de la familia, entónces se le da *sepultura* en conformidad á sus costumbres. Luego que ha fallecido un adulto envuelven el cadáver con una estera de hojas de palma, lo atan sentado ó en pie al palo principal que sostiene la techumbre de la choza, colocan á su lado víveres y *masato*, cierran la puerta y emigran á otra parte. A otros los atan al tronco de un árbol en la huerta ó en el bosque: en este caso rodean al cadáver de una fuerte empalizada para defenderlo de las fieras; un pequeño cubierto de hojas de palma lo pone al abrigo de la lluvia, y así permanece hasta que la acción del tiempo y de los agentes atmosféricos lo destruyen y descomponen, quedando un montón de huesos al pie del árbol. Tal es el modo de *sepultar* á los adultos: si el que ha fallecido es un niño de poca edad, mientras el cuerpecito está caliente lo doblan para meterlo en una vasija de barro que entierran en el suelo cerca de la casa. Si no tienen vasija, ó el cuerpo está tan desarrollado que no quepa en ella, lo envuelven con hojas de palma ó plátano, y lo entierran en el suelo: ignoro el motivo de esa diferencia en sepultar á los pequeños y grandes.

La ceremonia del sepelio se reduce á algunos lloreqs verdaderos ó fingidos de las mujeres, esposa, madre ó hermanas del difunto. Estos llantos no son la expresión natural del dolor, sino una canción lúgubre y llorosa que es de *rúbrica*. Se repite algunos días, durante los cuales en señal de luto las mujeres se despojan de sus adornos y se abstienen de pintarse el rostro y demás partes del cuerpo.

Los Misioneros Franciscanos en la América del Sur

Es un espectáculo consolador, leemos en una carta de un Padre misionero, ver lo que hacen los Franciscanos en las repúblicas americanas del Perú, Ecuador y Colombia, y el aprecio en que son tenidos por aquellos afortunados pueblos, donde por dicha no han llegado los predicadores del error. Consagrados por completo aquellos hijos de Francisco á santificar las almas, después de atender á la propia santificación se dedican al ministerio de las Misiones gran parte del año en los pueblos que los piden y por el orden que disponen los Prelados respectivos de cada Colegio de misioneros. En los pueblos predicán los días que es necesario según el número de habitantes, viviendo enteramente de la caridad de los fieles, que á porfía les atienden en todo lo necesario para el sustento corporal, mientras los misioneros se dedican al sustento espiritual con el pan de la divina palabra y administra-

ción de Sacramentos, pudiendo repetir con toda verdad: *Nihil habentes, et omnia possidentes*. Son recibidos en los pueblos con las mayores pruebas de alegría, amor y respeto. Se oyen sus palabras como enviadas del cielo, y raro es el que deje de confesarse en las Misiones: arcos triunfales, coronas, flores, músicas, repiques de campanas, en fin, todos se ponen en movimiento al saber la llegada de los Padres misioneros. El último día es el espectáculo más conmovedor que pueda ofrecerse. Como queda dicho, los Padres viven de la caridad de los fieles; así que, como siempre les sobran comestibles al terminar cada Misión, entónces se avisa á los pobres para que vayan al reparto que hacen los Padres antes de partir, y acuden todos con alegría, no sólo para recibir algún socorro, sino por ser de los santos Padres, como en aquellas regiones llaman á los misioneros. Llega el momento de la partida, momento triste para los pueblos; todo está listo, y entónces cambian de aspecto las poblaciones: las calles y casas están enlutadas en señal de duelo; las campanas tocan plegarias, que es también señal de pesar ó tribulación; los hombres, en su mayor parte montados, acompañan á los Padres hasta muy larga distancia, y la población en masa ocupa las calles por donde han de pasar los misioneros y las cercanías de la población, para dar el último adiós y recibir de rodillas la bendición, costando no pocas veces trabajo al hacerles regresar á sus casas; pues á pie les acompañan á mucha distancia del pueblo.

Como entraron, así salen de los pueblos, esto es, sin nada, los hijos del Serafín de Asís, buscando solamente almas que salvar y haciendo bien á todos, hasta que vuelven al Colegio para atender de nuevo á la propia santificación y á la de las almas que el Señor les confía. Verdaderamente que esto consuela, ver que todavía hay fe en Israel, y que en el Nuevo Mundo aprecian tanto á los que en el viejo miran con indiferencia y aun persiguen como enemigos del pueblo. Pero no hay remedio, se ha de cumplir el divino oráculo: *Si me persequuti sunt, et vos persequentur*. Felices estas Repúblicas, que así tratan á los buenos obreros de la viña del Señor, y suspiran siempre y claman por nuevos Colegios; pero desgraciadamente se puede afirmar: *Mensis multa, operarii autem pauci*! ¡Ojalá que el Señor mueva los corazones, especialmente de la juventud, para que se aumenten los operarios evangélicos en tan apartadas regiones!

LAS HERMANAS MISIONERAS EN EL CENTRO DE ÁFRICA

IV Y ÚLTIMO

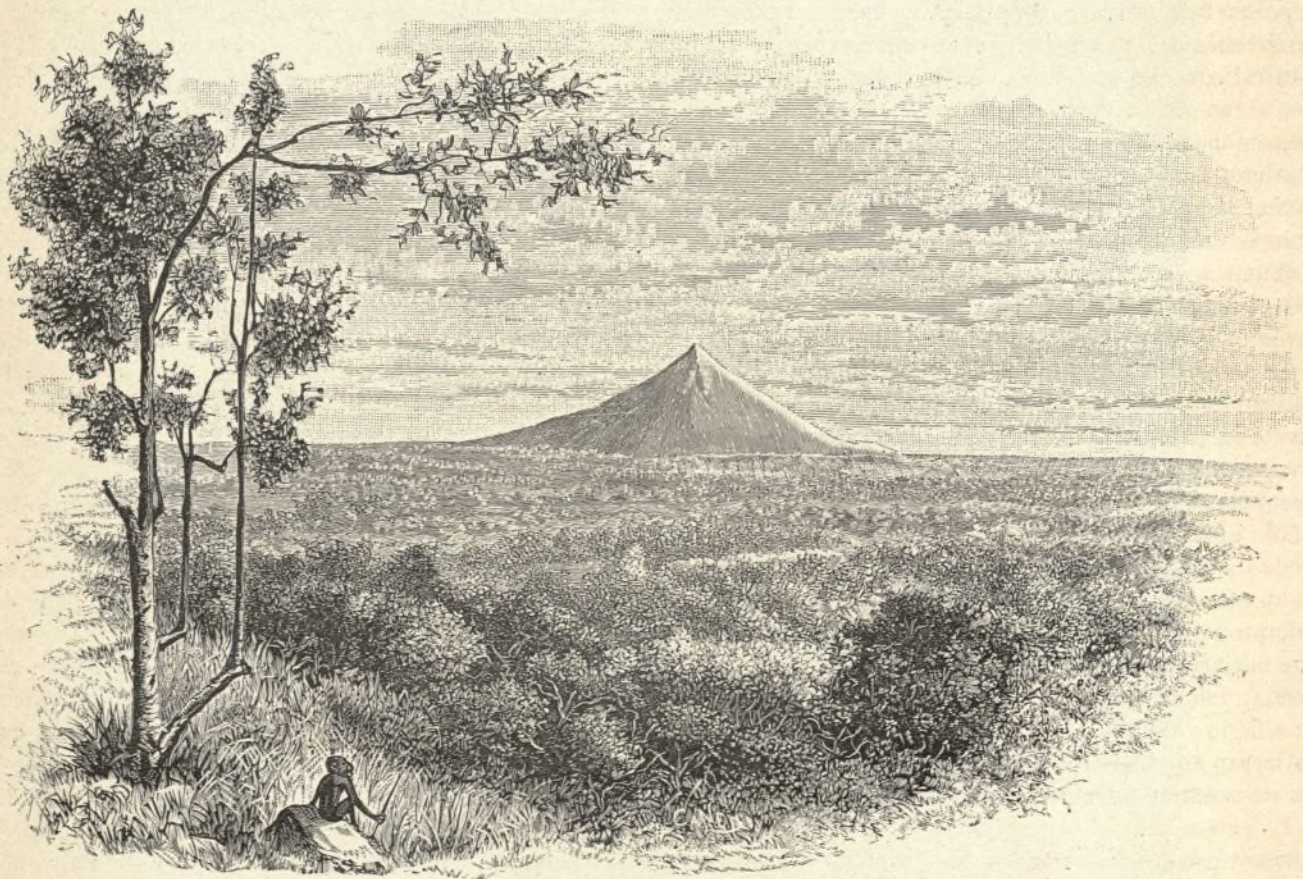
Una Hermana atacada por la fiebre.—Penosa ascensión de las montañas

LEGAMOS por fin á un terreno regularmente llano; pero allí tenemos que luchar con otro inconveniente: los arroyos son tantos que las pobres Hermanas casi no hacen otra cosa que subir y bajar de la hamaca. Cuando no son muy anchos los pasan de un salto; pero el precio de esta audacia es á veces un baño de pies, lo que las hace más prudentes. Por la tarde

una de las Religiosas sufre un ataque de calentura, esta compañera inseparable del viajero en Africa. Forzoso le es entonces subir á la hamaca, á pesar del horrible estado de los caminos; y cuando esto es absolutamente imposible, tiene que andar con no poco trabajo hasta llegar á la aldea donde debe pernoctarse.

El jefe del pueblo donde nos hallamos, satisfecho por albergar cuatro mujeres blancas, nos regala un cabri-

bido y bajado seis montañas, y la montaña se nos presenta todavía á nuestro frente como al principio de la jornada. Sin embargo, aunque llenos de sudor y rendidos de cansancio, empezamos á subir la séptima, que nadie confía sea la última. Lo es, sin embargo, pero también la más alta de todas, pues no cuenta menos de seiscientos metros de altura. A cuatrocientos metros atravesamos una serie de nubes que nos deja calados



AFRICA ORIENTAL.—Montaña del Dyombo. (Pág. 107)

to, que aceptamos gustosos, pues nos permite comer un poco de carne fresca: recompensamos al jefe con dos brazas de seda, valor del animal.

Después de la comida nuestros bagajeros están muy expansivos.

—¡Ah, Padre! nos decían; mañana nosotros dejar el bosque.

Van á tener fin sus penalidades. ¡Cuántas veces, en efecto, rodaron con los paquetes en aquellos caminos detestables! ora una rama hacía caer la carga que llevaban en la cabeza, ora chocaba contra la hamaca, y entonces blancos y negros besaban contra su gusto el lodo del camino.

El 9 de Agosto antes de las seis de la mañana estamos en marcha: al cabo de dos horas llegamos á una primera cumbre, y bajamos á un valle por donde corre un riachuelo de agua cristalina. Ayudándonos con pies y manos tenemos que subir á la segunda cumbre, y una tercera sucede á la segunda. ¿Será tal vez la última? No, es preciso bajar y volver á subir aún. Hemos su-

hasta los huesos como una verdadera lluvia. Por último llegamos á la cumbre. El descenso es muy difícil, y damos con nuestro cuerpo en el suelo más veces de lo que quisiéramos.

Regalo á las mujeres blancas.—Vivo objeto de curiosidad

Henos ya en el país de las palmeras. Cada mañana podemos procurarnos vino de palma, que corrige algo la insipidez del agua. A los dos días y medio de salir del bosque (12 de Agosto) llegamos á la estación francesa de Ludima.

Los dos franceses á quienes está encomendada su dirección nos reciben cordialmente, y aprovechamos su amable hospitalidad para descansar medio día y una noche.

Proseguimos después la marcha con un calor enteramente africano, que nada tiene de común con la frescura del bosque. Pasamos por un mercado indígena, y los negros no quedan poco asombrados al ver tan de improviso á dos mujeres blancas. Es digno de notarse

que las negras, movidas por un sentimiento de generosidad, hacen desde luego á las Hermanas toda suerte de regalos: unas les traen alfónsigos, otras ñames, otras yuca, y eso sin pedir nada en cambio. Sabido es que entre los negros es conocido y se practica mucho el adagio: *Do ut des*; sin embargo, esta vez parece olvidan el proverbio latino, y las Hermanas no se ven poco agobiadas con tantas provisiones como les ofrecen.

Para no quedar vencida en materia de generosidad, la Madre Superiora distribuye perlas, espejitos y otros objetos muy apetecidos por los negros. Todos, sumamente regocijados, nos siguen hasta el campamento. Los días siguientes se repite lo mismo en las otras aldeas, y casi siempre nos vemos rodeados como de una escolta de honor.

El 14 de Agosto, domingo, y el 15, fiesta de la Asunción, es de descanso para nosotros, y tenemos el consuelo de celebrar la Santa Misa.

Los negros, á quienes llaman mucho la atención nuestras ceremonias, observan de lejos nuestros menores movimientos y se hablan en secreto. Diríase que comprenden que se verifica algo misterioso. ¡Pobres gentes! ¡Si supieran el beneficio que les traemos!

Los días siguientes pasamos por villas muy pobladas, en las que las Hermanas son objeto de viva curiosidad. Ofrecenos toda clase de comestibles. Encontrámonos en la cuenca del Niari, valle fertilísimo que se extiende hasta cinco jornadas de Brazzavilla. Unas veces atravesamos llanuras enteramente desprovistas de vegetación, en las que el sol lanza sus abrasados rayos, y otras pasamos por las hondanadas donde las hierbas alcanzan dos ó tres metros de altura.

En la Misión de Bonanza. —Dos fetiquistas

A medio día del 16 de Agosto llegamos á la Misión de Bonanza, donde hace un mes se instalaron nuestros compañeros. Los Padres, que como es de suponer nos recibieron con la mayor simpatía, se dedican á los trabajos de primera instalación, y preparan ya albergue para cuatro Religiosos que dentro pocos meses vendrán para encargarse la educación de las niñas.

La misma tarde proseguimos el viaje, acompañándonos el P. Sand, que se dirige á la Misión de Linzolo. Con él somos siete los europeos que segui-

mos la ruta de las caravanas, lo que es muy raro en este país. La mayor parte de los pueblos que atravesamos en el valle del Niari están rodeados de vastas plantaciones de bananos. El camino es pedregoso y fatiga no poco á los bagajeros. El P. Le Meillour, á quien el calor tiene agobiado, sufre un fuerte ataque de calentura que le obliga á acostarse apenas llegamos á los campamentos. ¡Cuán penoso es andar por senderos llenos de maleza cuando se siente uno abrasado por la calentura y el sol! ¡Con cuánto trabajo puede el enfermo arrastrarse, y cuán largo le parece el camino!

Al llegar al pueblo en donde debemos acampar vemos dos mujeres sentadas bajo un techo de paja sostenido por cuatro palos. Preguntamos qué hacen en aquel cobertizo, y se nos informa que queriendo ser fetiquistas, tienen que permanecer allí hasta la estación de las lluvias: así, aun les queda penitencia para tres meses. (*Véase el grabado de la pág. 101*).

Entonces les visitará el *espiritu*. Todo lo que ahora las rodea es fetique. En las vasijas de sus cabañas hay multitud de paquetes conteniendo toda clase de drogas, como tierra blanca y roja, excrementos, etc.: todo son fetiques. A cada paja que cae del techo atan una pluma de gallina ú otro volátil, lo que se convierte en otros tantos fetiques. Transcurrido el tiempo de prueba, vendrá á buscarlas el gran fetiquista para conducir las al interior del bosque, donde durante ocho ó quince días les enseñará la virtud de ciertas plantas, la manera de hacer fetiques, y sobre todo de sorprender la credulidad del pobre negro, para sonarle gallinas, cabras, etc. Así el fetiquista es el mayor enemigo del misionero. Esfuérzase por mantener á los negros en sus supersticiones, lo que es causa de que encontremos dificultades inauditas para atraer á un adulto á la Religión cristiana.

Mujeres indígenas.—Incendios.—Bautismo de un niño.—Llegada á Brazzavilla.

Continuando el viaje llegamos á una región pedregosa y casi sin arbolado, pero cubiertas las colinas de altas hierbas. En esta época del año todo está seco, y pegan fuego á los inmensos matorrales para aprovechar los animalejos que sirven de alimento al indígena. El negro es de fácil contentar bajo este respecto: todo le gus-



AFRICA ORIENTAL.—Kubo, jefe honorario del pueblo digo. (*Pág. 108*)

ta, y apetece sobremanera las langostas y ciertas especies de orugas. Los ratones los consideran piezas de caza mayor; y los antilopes y otros animales grandes es plato exquisito reservado para los jefes.

Durante el viaje las Hermanas se ven obligadas á usar de alguno de estos manjares indígenas, pues no tenemos suficientes provisiones. Reemplaza el pan, en estas comarcas, la *chikuanga* ó pasta de yuca, las raíces de la misma planta fermentadas en agua, ó bananas verdes cocidas al rescoldo. La primera vez que prueban semejante pasta, para ellas enteramente nueva, la encuentran algo insípida. La *chikuanga* se les pega á los dientes, como pan mal cocido; empero al cabo de algunos días, con perseverancia y buena voluntad, se acostumbran á ella de tal suerte que se las tomaría por verdaderas africanas.

A los tres días de haber partido de Bonanza vemos la estación francesa de Kumba, donde reside un agente del Gobierno. Descansamos una hora en su casa y continuamos el viaje hacia Brazzavilla.

La noche siguiente los campos y montañas de los alrededores son pasto de las llamas, pues como ya lo he dicho, es la estación en que los indígenas pegan fuego á los matorrales. Estos incendios son á veces gigantescos y recorren inmensos espacios. Todo desaparece á su paso; hierbas y lianas quedan reducidas á cenizas, y el paisaje toma un aspecto de luto que entristece. Empero cuando vuelven las primeras lluvias, brota de nuevo la hierba y cubre el suelo con su verde manto, los árboles recobran su follaje, y en todas partes la vegetación repara abundantemente los estragos del incendio.

Dos días de camino al través del país de los basundis nos acercan al término de nuestro viaje. Por desdicha el terreno es arenoso, y dificulta nuestra marcha. La Madre Superiora, por la torpeza de un bagajero cae al subir á la hamaca y se lastima un brazo: un sufrimiento más que añadir á tantos otros. El P. Sand, quebrantado por muchos años de residencia en Africa, sube penosamente las colinas, y devorado por una sed ardiente, bebe con avidez en todos los arroyos que encuentra. El P. Le Meillour, siempre animoso, pero sumamente fatigado, suspira por el término del viaje. Las Hermanas anhelan divisar á Brazzavilla en el horizonte, pero nos separan todavía de ella tres jornadas.

El 22 de Agosto llegamos á la famosa montaña de Lilainbua, apellidada por los indígenas la *montaña del perro que llora*, y por los europeos, la *montaña de arena*. No es muy alta, pero sí extraordinariamente recta y arenosa, y su ascensión, por lo tanto, penosísima.

Mientras que las Hermanas y yo la subimos, mis compañeros bautizan á un niño enfermo en una de las aldeas del tránsito. Así, en sus viajes, tiene el misionero la dicha de enviar al cielo algún angelito.

Salimos del país basundi para entrar en el de los ba-

tekes. Las aldeas son menos aseadas y llenas de insectos, y los habitantes poco serviciales, lo que nos obliga á acampar fuera de su recinto.

El 23 de Agosto partimos muy temprano, y después de andar penosamente por colinas de arena, llegamos á las diez al emplazamiento de un gran mercado, donde los PP. Sand y Le Meillour nos dejan para tomar un sendero que los conducirá directamente á la Misión de Linzolo. Por la tarde hacemos una rápida marcha y llegamos á tres horas de Brazzavilla.

Henos por fin en nuestro último día de viaje. Tomado el desayuno, preparamos con presteza el equipaje. Los bagajeros no caben en sí de gozo por ver el término de sus fatigas. Mas en el momento preciso de emprender la marcha estalla una furiosa tempestad. A las ocho se disipan las nubes, y apenas cesa la lluvia cuando los bagajeros quieren ponerse en camino. Las hamacas están mojadas, y los caminos todavía llenos de agua, y de esta suerte llegamos al río Djue, que cruzamos en piragua.

Abandonamos el vicariato del Congo francés para entrar en el del Ubanghi, lugar de nuestro destino. Apenas ponemos pie en nuestra nueva patria, cuando el Ilmo. Augouard nos felicita por medio de un billete acompañado de algunas provisiones. A las diez llegamos á la estación francesa de Brazzavilla, y al cabo de quince minutos á la Misión, donde recibimos la bendición de nuestro Vicario apostólico, y damos gracias á Dios por habernos protegido en este viaje de veintidós días, que relativamente ha sido rápido si se considera que formaban parte de la caravana las primeras Religiosas que han llegado hasta aquí para instruir y educar á las jóvenes indígenas. (*V. el grabado de la pág. 97*).

EN EL KILIMA-NDJARO

(ÁFRICA ORIENTAL)

POR EL P. ALEJANDRO LE ROY, MISIONERO APOSTÓLICO

IV.—En pais digo

Desde Mombaza á Vanga.—El pueblo digo.—El jefe Kubo.—Armas y venenos

DESDE Mombaza á Vanga ocupan el país la tribu de los wa-digo ó digos, una colonia de suahilis, establecida en Gassi, y restos de antiguos autoctones acantonados en parte de la Costa que llaman Vumba. Pasaremos por estas tres regiones, raras veces recorridas por europeos, muy poco conocidas, y por lo mismo interesantes.

Considerada geológicamente, la comarca compónese como de tres diferentes pisos, que se distinguen perfectamente desde el mar: una parte baja, otra mediana y otra alta.

La primera (es el litoral) fórmanla un lecho de antiguas madréporas cubiertas con una capa de arena y humus, sobrado ligera en muchos puntos para que sea fértil. En este caso la ocupan malezas, filaos (1), pal-

(1) *Camarina equisetifolia*, Forst.

meras, dums y *vaquois* (1). Un poco más adelante vemos los cocoteros. En esta costa hay algunos puertos pequeños, tales como Tiui, Gassi, Funzi, Pongüé, Tchuyu, Uassini, Vanga y Muoa, pero sólo son accesibles á los barcos indígenas y á los buques de poco calado. Por la parte del Sur el mar entra tierra adentro, formando anchas lagunas rodeadas de paletuvios (2). Las embarcaciones entran y salen de ellas durante la marea con cargamento de leña para los hornos de cal, de vigas y traviesas. A excepción de Gassi, Uasini y Vanga este litoral es poco habitado.

La región media, más elevada, es también la más fértil, más cultivada y poblada, y, hablando con exactitud, el verdadero territorio digo, con los distritos de Matuga, Tini, Ndiani, Ukunda, Mafisi, Mua-Dunda, etc.

La parte superior se levanta unos trescientos metros, y comprende Shimba, que desde Mombaza se ve como una mesa; Longo, que sigue á continuación; Mua-Bila, hoy casi desierta, pero regada y fértil; Muele, donde hay una colonia de esclavos de Mbaruku, de Gassi. Finalmente, al Sur hay un montecillo de forma regular, pero deshabitado por carecer de agua: es Dyombo. (*V. el grabado de la pág. 104*).

Detrás de esta cadena de colinas se extiende, entre Sambara, Pare, Toveta y Kamba, una vastísima región que, vista desde un lugar eminente, parece un inmenso bosque sombrío y melancólico, de donde sobresalen únicamente las alturas de Kilibassi, Kassigao y Mungo, y más lejos las pintorescas montañas de Ndara y Bura. Es el desierto: no el desierto de arena sahárica, sino una meseta donde el sol, las hierbas, los árboles, los insectos, las aves, los mamíferos y aun los hombres, tienen ese aspecto particular, seco y triste que caracteriza el desierto, y es consecuencia de la falta ó escasez de agua.

Algunos riachuelos, sin embargo, salen de la base de esta meseta, formando paralelamente al mar una zona de agradable verdor. Los principales son el Pemba, que desemboca en la bahía de Mombaza; el Mkuakua, que pasa á Tiui; el Mua-Tchema, que desciende de Mua-Bila; el Mkurumudyi, que viene de Muele, y el Ramissi, que sale de Ada (Duruma), y cuya agua es ligeramente salobre. En la región intermedia hay cierto número de estanques y fuentes que prestan muy buenos servicios á los indígenas: cerca de ellos se edifican los pueblos.

Por su tipo, costumbres y lenguaje los digos pertenecen á la gran familia africana llamada bantu. En general son más bien bajos que altos, un poco flacos, y no encogidos ni muy feos. Permanecemos ocho días entre ellos, y en todas partes nos recibieron con manifiestas señales de benevolencia. Los jefes nos hacían regalitos, los enfermos se nos acercaban en gran número, y pudimos bautizar algunos niños en el artículo de la muerte. Volveremos á encontrarlos en el cielo, donde contribuyen á realizar la visión de San Juan: *Vidi turbam*

magnam dinumerare nemo poterat, ex omnibus gentibus, et tribus, et populis, et linguis.

Con todo, hay digos y digos. La diferencia consiste en la mayor ó menor preponderancia que ha adquirido entre ellos el Islamismo: en el Norte de Gassi, su influencia es casi nula, mientras en el Sur es considerable.

Examinemos una aldea pagana, ó, si se quiere, fetiquista. (*V. el grabado de la pág. 108*). En general está situada en un espeso bosque de malezas, destinado á servir de refugio á las mujeres, á los niños y aun á los hombres en caso de guerra, caso que no es químérico ni mucho menos. Llégase á ella por un pasadizo abierto en la espesura y cerrado con dos ó tres puertas sucesivas. Junto á la entrada hay una vasija de tierra sostenida por tres palos: es la vasija de la lluvia. (*V. la pág. 113*). Cuidan con esmero que contenga siempre un poco de agua; ofrecen de vez en cuando un retazo de lienzo que cuelgan encima; queman algunas esencias, etc. Los salvajes de aquel árido país dicen que hacen esto para que nunca falte agua. Pero lo cierto es que falta con mucha frecuencia; y cuando se interroga sobre el particular al hechicero, sale del paso respondiendo que sin su maravillosa vasija sería mayor la carencia de agua.

Muy cerca, en el bosque, hay la cabaña del Muanza. En ciertos días se oyen en ella rumores tan espantosos, que todo el mundo se apresura á encerrarse en su casa, pues dicen que entonces pasa Muanza.

Pero ¿qué es el Muanza? Nadie lo sabe. Pero lo que pide es preciso dárselo sin dilación. Inútil es decir que este espantajo tiene por intérprete el hechicero del lugar ó el jefe, dos personajes que con frecuencia es un solo sujeto. Hácenle sacrificios para evitar la guerra, la peste ó el hambre; para librarse de un mal cualquiera, ó tener éxito feliz en una empresa. Mas ¿cómo habla este Muanza? Es un gran secreto, lector, y si me prometes no revelarlo á nadie te lo comunicaré confidencialmente. Supongo por un momento que eres tú el hechicero. Toma el tronco de un árbol de poca dureza, y forma con él un cilindro de un metro de largo, vacío en su interior: cierras uno de los extremos con una piel perfectamente extendida, como el parche de un tambor: por esta piel pasa una cuerda fija en el interior del cilindro y retenida en el exterior por un palo de fácil manejo. En manos hábiles y en las profundidades del bosque el instrumento da gritos que hielan de espanto á la sencilla gente, moviéndola á postrarse á los pies del hechicero, exclamando:

—¿Qué quiere Muanza?

El hombre del arte, compadecido, se encarga de apaciguar á la encolerizada bestia, mediante tal ó cual sacrificio que hay que hacer. Esto mismo se practica en una ú otra forma entre los nyikas de los alrededores, en el valle del Tana, y hasta el Congo y el Ogowé.

El pueblo digo no es muy numeroso. En el litoral hállanse con frecuencia chozas aisladas ó reunidas en grupos. Más adelante se ven veinte, treinta ó cuarenta diseminadas sin orden, á veces muy cerca unas de otras, de una forma original que no es redonda ni cuadrada, siendo construídas sus paredes, puerta y techo con ramas trenzadas de cocotero.

(1) *Pandanus odoratissimus*, L.; *Pandanus*, Sp.

(2) *Rizophora acuminata*, *Cerriops Candolliana*, Ara.; *Bruguiera cylindrica*, Blum; *Avicennia officinalis*, L.; *Carapa Moluccensis*; *Heritiera littoralis*, Dryand; *Sonneratia*, Sp.; *Pemphis acidula*, D. C.; *Lumnitzera racemosa*, D. C.

Los digos son poco laboriosos, sin duda porque el cocotero es para ellos una verdadera providencia; pues á más de materiales para la vivienda, les provee de comida y bebida. El árbol casi siempre es muy alto; pero esta gente aprende á encaramarse al mismo tiempo que á andar. Además no dejan de ingeniarse para facilitar la subida. Los indígenas de la costa practican cortaduras en el árbol á medida que crece, formando una especie de escalera. Los del interior con trozos de lianas atan al cocotero largas perchas, formando una escalera fija. La cosecha del vino de palma es entre ellos una de las principales ocupaciones. No obstante, plantan también yuca, sorgo, maíz, judías, alfónsigos, ambrevadas (1), cucurbitáceas diversas (2), á veces arroz, y un poco de sésamo (3). Cuando pueden crían vacas, ó por

(1) *Cajanus indicus*, Spreng.

(2) *Lagenaria vulgaris*, L.; *Cucumis salicus*. L.; *Citrullus vulgaris*, Schrad; *Cucurbita moschata*, Duch.

(3) *Sesamum indicum*, L.

lo menos gallinas, cabras, carneros y un perro de corta talla que adiestran para la caza.

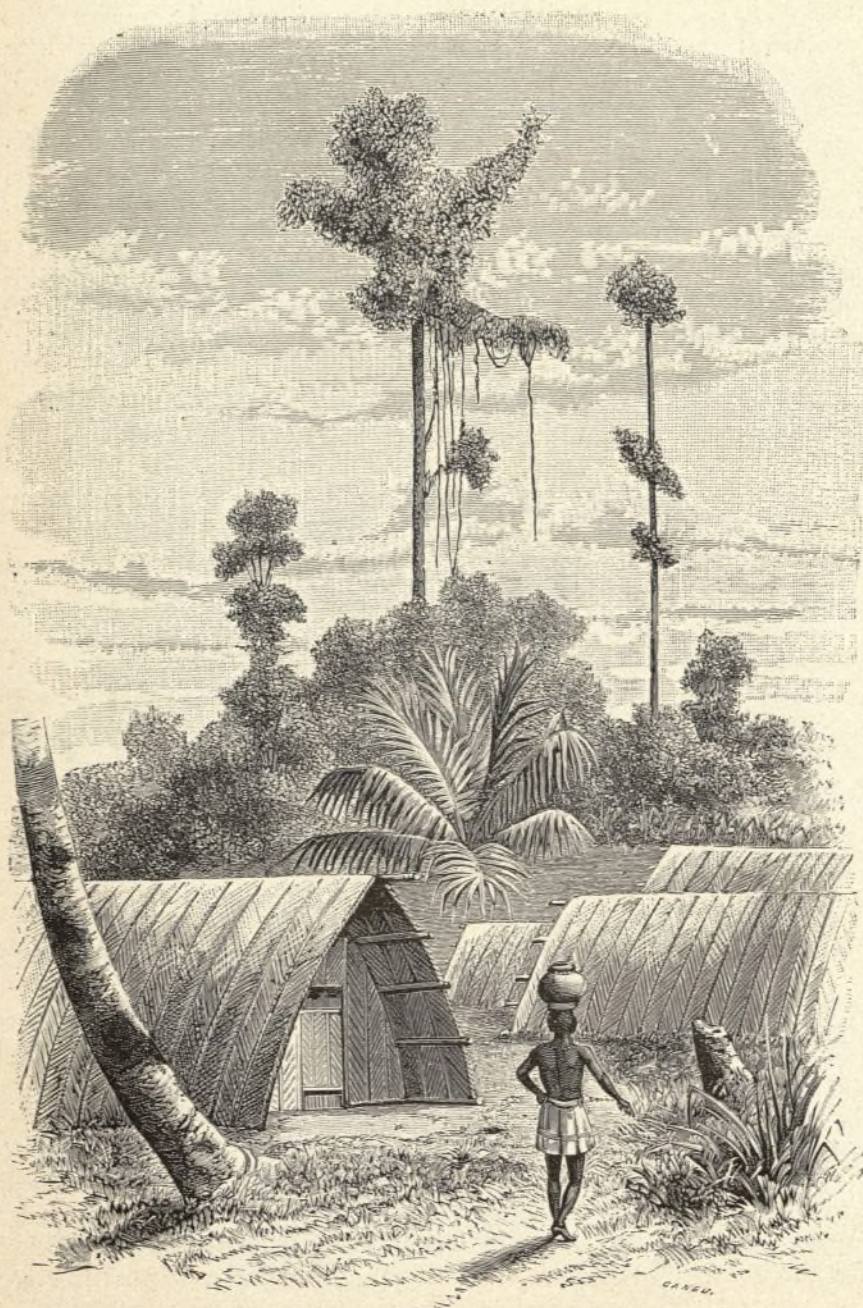
Poco guerreros y de buena índole, aunque tienen fama de pendencieros, y ardientes bebedores, son muy aficionados á los adornos, á la música y al baile, en el que sobresalen y que hacen figurar en las más diversas ceremonias, como nacimientos, matrimonios, entierros, aniversarios de luto y toda clase de fiestas. En la clausura del luto anual por el jefe inferior de Matuga vi reunidos más de dos mil danzantes, que acudieron de todas partes. Para estas circunstancias tienen un traje especial, más ó menos pintoresco, según el gusto ó los medios con que cuentan. No falta entonces el cosmético, que consiste en un ocre rojo desleído en aceite de ricino, y que da á las cabezas un aspecto luciente muy estimado. El traje ordinario consiste para los hombres en un sencillo tonelete y un lienzo en la espalda, y para las mujeres en una especie de doble jubón corto, sin contar los adornos, zarcillos de hilo metálico, collares

de perlas, brazaletes de cobre, etc. Muchos niños y jóvenes llevan suspendidas al cuello unas pinzas depilatorias, de las que se sirven para arrancarse las pestañas.

El territorio digo está dividido en gran número de distritos, cada uno de los cuales tiene su jefe particular. Todos estos jefes reconocen por lo menos un presidente honorario en la persona de Kubo, que vive al Sur, en Kikone, y á quien hemos querido visitar. (V. su retrato en la pág. 105).

Cuando llegamos á su casa no estaba en ella, y nos instalamos en la plaza, fuera del pueblo, al rededor de un tamarindo que con su sombra cobija á los desocupados del lugar. Al cabo de una hora, acompañado de numeroso cortejo y precedido de un trompetero, aparece un anciano alto y delgado, vistiendo un balandrán rojo algo raído, con el rostro surcado sin piedad por la viruela. Era Kubo. Su conversación es muy inteligente, y nos trató con cortesía y benevolencia. Nos dió á conocer sus simpatías por el gobernador árabe de Vanga, y el odio que le inspiraba el jefe suahili de Mbaruko, de Gassi, quien dió muerte á su tío y tres hermanos, y asoló el territorio digo.

Luego advertimos que la población se diferenciaba de la que habíamos visto hasta entonces. En efecto, las fisonomías son menos francas, y el trato menos sencillo. Se conoce que ha llegado hasta allí la infección islamítica.



AFRICA ORIENTAL. — Parte de un pueblo de digos. (Pág. 107)

Las armas de los digos consisten en fusiles, lanzas, rompecabezas, cuchillos y arcos. Como muchas tribus salvajes del mismo continente negro, y de América y Asia, usan para las flechas veneno de origen vegetal. No he podido ver aún el árbol que lo produce, y nunca he pasado por el país cuando florece, que es en la esta-

tos multitud de insectos. Tómanse del mismo la madera y las raíces, córtanse en pequeños fragmentos, se hacen cocer lentamente en una vasija de tierra con agua dulce, removiéndola incesantemente con un palo. Esta operación se hace en un bosque y estando desnudos. De vez en cuando se echa en la vasija veneno de serpiente



MADAGASCAR.—Tipo de mujer hova. (Pág. 98)

ción seca. Sin embargo, un viejo guerrero, que me cedió una porción de dicho veneno, dióme sobre su origen pintorescos detalles.

—Procede de un árbol, me dijo, creado expresamente al efecto. Las aves lo saben muy bien, y las bestias, en general, conocen muchas cosas que el hombre se ve obligado á adivinar, y si no hablan es quizá para no revelar sus secretos. Las aves lo saben, y nunca se posan en sus ramas: al pie de este árbol se encuentran muer-

y piel de sapo, luego hojas del bosque, hierba de los prados, polvo de los caminos, sombra...

—¡Cómo! ¿sombra también?

—Sí, á fin de que para el hombre ó la bestia heridos por la flecha todo sea veneno, muerte y perdición. ¿Acaso el animal herido no va á descansar á la sombra de los árboles buscando alivio? Pues bien, es preciso que la sombra se le convierta en veneno. ¿Acaso no se tiende en la hierba? Pues la hierba le será veneno. ¿No

huella por ventura el polvo de los caminos? Pues se le volverá veneno también el polvo, y el agua que beberá y la hoja que comerá. Nada puede aliviarle: está perdido, es muerto.

—Entonces ¿no hay remedio?

—Uno solo, y es una raíz reducida á polvo que se lleva encima en tiempo de guerra, y que se traga con agua ó saliva; pero á menudo falta el tiempo para administrarla... Te confío este veneno, puesto que lo deseas; pero si tienes hermanitos ó hermanitas, no se lo des nunca á guardar... ¿Te ríes? Pues bien, sepas que si se pica un árbol con una flecha envenenada con esta materia negra, caerán sus hojas al día siguiente.

—¿Y si se pica á un hombre?

—¡Ya ha caído!

Conforme al consejo de mi viejo amigo, me he guardado de poner mi provisión de veneno en manos de «mis hermanitos y hermanitas;» pero lo he remitido á un sabio especialista de París, el Dr. J. V. Laborde, que ha hecho de él minucioso estudio. De sus experimentos, que consigna en una detallada Memoria, resulta que la influencia de este veneno se ejerce primeramente sobre el sistema nervioso, y causa en seguida la muerte «suspendiendo el mecanismo de la función cardio-respiratoria.» El Dr. Laborde da poco crédito á la virtud real de un contraveneno cualquiera, á causa de la violencia extraordinaria de dicho tóxico.

VIAJE AL SINAÍ

POR EL R. P. MIGUEL JULLIEN, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

XII

Los uadis de las grandes montañas

PARTIENDO del desierto vinieron á Daphca. Y alzando el campo de Daphca lo pusieron en Alús. Saliendo de Alús fijaron lo pabellones en Raphidim, donde faltó al pueblo agua para beber.» Tal fué, según el libro de los Números (1), la continuación del viaje de los hijos de Israel.

El oasis de Feirán, en el cual todos los sabios y viajeros reconocen á Raphidim, es nuestro punto de descanso. Desde el desierto de Sin los hebreos podían dirigirse á él por dos caminos: andando paralelamente á la costa hasta la embocadura del uadi Feirán á cuarenta y seis kilómetros de A'in Dhafary, y remontando el valle. Es el camino más fácil, pero muy largo; no tendrá menos de setenta y nueve kilómetros. Una ruta más corta entra en el uadi Sidr, á trece kilómetros al Sur de A'in Dhafary; sigue este valle hasta las minas de Maghara; da una vuelta á la derecha en el uadi Mokatteb, y franquea por una suave pendiente un ancho desfiladero para volver de nuevo al uadi Feirán, á veintisiete kilómetros más arriba de su embocadura.

Lo breve del camino y los motivos probables que se tienen, para suponer la estación desconocida de Daphca en las minas de Maghara, nos inducen á creer que Moisés escogió esta segunda ruta, á lo menos para la

principal columna, de la que formaba parte. No es improbable, empero, que Moisés hiciese pasar los bagajes y rebaños por el camino del uadi Feirán, más fácil para los carros y mejor provisto de pasto para los rebaños: una multitud tan grande tenía interés en dividirse en rutas paralelas.

Para conducirnos á Maghara nuestros camelleros toman, sin consultarnos, un camino todavía más corto que el de Moisés, pero enteramente impracticable para una gran multitud. Entra en las montañas por un desfiladero agreste, Hanak el-Lakam (la quijada de la gran vía), cerca de A'in Dhafary; circula en diversos uadis entre inmensas rocas, y luego, atravesando una hoz por un áspero sendero, vuelve al uadi Sidr por el camino de Moisés, tres cuartos de hora antes de llegar á Maghara.

Henos ya en la región de las grandes montañas, que difiere mucho de la del Norte de la península. Mientras que el Tih y su cinturón de rocas son enteramente cretáceos, esta región del Sur es esencialmente formada por un vasto y alto macizo de rocas cristalinas primitivas, principalmente de granito y de pórfido, rodeado de un cordón de rocas metamórficas, mica-esquistos y otras, sobre las cuales parece descansa la montaña central, y de una faja más ancha de gres de Nubia, formada por la descomposición de las rocas cristalinas. Entre esta última faja y el declive del Tih hay una capa de calcáreo terciario, que aparece á trechos en medio de otras cretáceas; estando removido el suelo por revoluciones locales. Finalmente, al rededor de la península se extiende una faja de gres marino de época menos antigua, y luego bancos de coral que hacen peligrosas las costas.

Desde Ayn-Muça al uadi Gharandel y aun más allá hemos andado por un suelo cretáceo y de gres marino, encontrando de vez en cuando algunos montecillos de calcáreo terciario, siendo el más importante de ellos el Djebel-Hamman Firun. En el uadi Taiybeh y en los montes de el-Marcha hemos hallado la faja de gres de Nubia, y volveremos á encontrarla en los alrededores de Maghara, alternando con las rocas metamórficas. Poco antes de llegar á Feirán entraremos en el macizo central de rocas primitivas, granito y pórfido.

A la blancura que tanto molesta, de las capas cretáceas, han sucedido los colores variados y casi siempre oscuros del gres de Nubia.

Asimismo ha cambiado la escala del paisaje. Las montañas que hemos visto hasta ahora no tienen más de 600 metros de altura, excepto la punta meridional de la cordillera del Tih, que se levanta á 1,300. En el macizo central de rocas cristalinas en que vamos á entrar, muchas cumbres pasan de 2,000 metros: la más alta, Djebel-Katherín, tiene 2,600, y los valles que las separan están por término medio á 1,500 metros sobre el nivel del mar.

Según las teorías corrientes hoy día, el macizo de rocas cristalinas, en cuyo centro se halla el Sinaí, en su origen formaba una isla en el mar. Durante la época secundaria surgieron de las aguas las rocas cretáceas del Tih y la meseta del Norte. En el siguiente período,

(1) xxxiii, 12, 13, 14.

hundimientos y alzamientos sucesivos y parciales dieron origen al calcáreo terciario y á las capas irregulares situadas entre el declive de Tih y el macizo cristallino ó el cinturón de gres que se acumuló en sus bordes por efecto de la disgregación de las rocas. Por último, conmociones relativamente recientes han hecho salir fuera de las aguas los gres marinos formados por las arenas que conducen los vientos del desierto y la corriente de las aguas.

Uadi viene del árabe *uada*, correr, y significa una cuenca, un desfiladero, un valle de aspectos y proporciones diversas, que las aguas convierten á veces en torrente, pero que permanece seco la mayor parte del año (1). Estos uadis, por lo regular enteramente áridos, ostentan en algunos puntos raquítica vegetación, y juegan importante papel en la vida del beduíno. En ellos planta su tienda junto á un manantial, hace pacer sus rebaños, recoge algunos mezquinos frutos y hierbas secas con que alimentar el fuego. Son asimismo las únicas vías de comunicación, pues lo demás sólo son rocas escarpadas é infranqueables montes, por los que únicamente se aventuran los cazadores de cabras silvestres. Sin los uadis, la montaña central de la península sería absolutamente inhabitable: el hombre no pudiera moverse en la región ni tendría qué comer. Así, el beduíno sólo conoce los uadis con sus fuentes, pastos y cavernas. Para él no hay más mundo. Cuando se le interroga sobre el resto del país, responde con una sola palabra: *Djebel* (montaña): no tiene nombres propios sino para las cumbres más altas y las que limitan los uadis, mientras que para cada valle ó cuenca sabe un nombre particular que anuncia al viajero sin equivocarse nunca.

El uadi, como el djebel, por lo regular recibe su nombre de una particularidad natural ó física, como el color, el aspecto de las rocas ó la vegetación que le distingue, conforme acostumbra los pueblos nómadas ó de instrucción escasa. A veces, sin embargo, el nombre recuerda el antiguo propietario ó los habitantes de otra época; pero por excepción tiene un significado histórico. Consérvanse muy pocos nombres anteriores á la invasión árabe. Los hijos de Israel borraron los recuerdos egipcios, y su permanencia en la península, si bien domina la historia de la comarca, fué de harto breve duración para que fijara una nomenclatura local. Ni siquiera el nombre de Sinaí figura en la lengua de los indígenas, que carecen de nombre propio para designar la santa montaña: únicamente sus diferentes picos tienen nombres especiales, pero entre ellos no se encuentra el de Sinaí.

Los uadis de las montañas sinaíticas, como se comprende, nada tienen de común con los valles de Suiza y los Pirineos. No hay allí río, ni praderas, ni bosques, ni abundantes pastos. El uadi de primer orden se presenta como el lecho llano, duro ó arenoso, de un torrente

seco, encajonado entre altas montañas: algunas matas y pocos arbustos crecen en el lecho, siendo contados los sitios en que hay árboles. El uadi secundario no es otra cosa que un torrente, rápido y lleno de grandes piedras, entre las cuales crecen algunas plantas espinosas.

En las montañas que cierran el uadi ninguna vegetación modifica el color de la roca, ningún arbusto adorna su superficie, ninguna planta disimula sus escabrosidades: la roca se presenta absolutamente desnuda, como la lava al salir del volcán, como los grandes picos de los Alpes sobre la región de los ventisqueros. Las formas redondas son allí muy raras: de ordinario se ven gigantescos cortes verticales, y en la cumbre una cresta irregularmente aserrada. Diríase que son esqueletos de montañas. Estas rocas inmensas de vivos matices rojos, verdes, negros y grises, sin el menor asomo de planta, en una atmósfera perfectamente diáfana, bajo el cielo más puro y la luz más esplendorosa, tienen una magnificencia particular que asombra al viajero y le transporta á un mundo más próximo á la creación y al Creador que el en que ha vivido. Tal debió ser el aspecto de la tierra al tercer día cuando dijo Dios: «Júntense las aguas que están debajo del cielo, en un lugar, y descúbrase la seca: *appareat arida*. Y llamó Dios á la seca, tierra (1).»

¿Cómo nada contiene el libro del Exodo sobre estas magníficas montañas únicas en el mundo, excepto los nombres del Sinaí y del Horeb? ¿nada sobre el estupor que debió apoderarse de los hijos de Israel al entrar en estas profundas y espantosas quebradas de rocas, tan diferentes de la risueña campiña egipcia? Debe tenerse presente que Dios ha escrito estas cosas en el libro de la naturaleza, en una página á la cual nada han cambiado los siglos, y que el peregrino del Sinaí lee días enteros con sin igual admiración.

Los uadis por donde andamos antes de llegar al camino que siguieron los hijos de Israel, son los más profundos, angostos y ásperos de la ruta del Sinaí. Con frecuencia el hombre, sobrecogido de terror, busca con mirada inquieta la salida del sombrío barranco, oculta detrás de un brusco recodo entre inmensos muros de rocas, oscuras ó negras como la escoria de los volcanes. El uadi Budra se cierra en efecto de golpe, y hay que bajar del camello y subir á pie una senda de gran pendiente abierta por mano de hombre en el flanco de la montaña. Es el paso ó el Nakb el-Budra.

Ciertamente Moisés no imaginó siquiera llevar por aquí al pueblo; pues la multitud de los hijos de Israel hubiera tardado muchos meses en desfilar uno á uno por este áspero sendero. Créese, sin embargo, que, no poco tiempo antes del Exodo, los egipcios ocupados en las minas practicaron este paso para dirigirse á la costa por el camino más breve. El sendero actual es obra del mayor Macdonald, que lo mandó construir; unos treinta años ha, cuando vino á explotar de nuevo las minas de turquesas de Maghara.

(1) Entre los árabes los ríos caudalosos, como el Nilo y el Éufrates, no se llaman *uadi*, sino *bahr*, esto es, mar. Sólo por una singular excepción los moros de España dieron á un río caudaloso del país el nombre de Uadi-el-Kebir, del que hemos hecho Guadalquivir.

(1) Gen. 1, 9, 10.

Un camello que, cargado con provisiones para los monjes del Sinaí, venia con nosotros, se desalienta á los primeros pasos por el monte, y se tiende en el suelo. Los camelleros quitanle la carga, le exhortan lo mejor que pueden, y le estimulan suavemente con una varita; pero todo es inútil. Viendo que permanecía insensible á todos los halagos, subimos la montaña, inquietos por la suerte del pobre beduino, que queda solo, tristemente sentado en una roca. Por fin nuestros hombres nos muestran gozosos el camello subiendo tranquilo la cuesta. Se habría hecho las mismas reflexiones que nosotros acerca la trista suerte que le esperaba si persistía en su desaliento.

A propósito debemos manifestar que cuando nuestros hombres quieren acelerar la marcha se acercan á los camellos, haciendo con los dientes un ruido apenas perceptible: en cuanto á pegarles, eso nunca.

En la cumbre hay un valle rodeado de rocas, cuyo singular aspecto es imposible olvidar. Sus cortes verticales, sus picos y sus quebradas alumbradas por el sol poniente presentan una variedad de colores, rojo, verde, gris, negro y blanco, que en ninguna parte se encuentra en un mismo cuadro de montañas desnudas. Pasamos la noche en estas alturas: fué fría, pero las estrellas brillaban con incomparable esplendor.

El día siguiente por una ancha trinchera llegamos al agreste uadi Sidr. (*V. el grabado de la pág. 116*). Al cabo de muchos rodeos entre elevados montes, entramos en un reducido valle, el uadi Igne ó Maghara, y nos detenemos á doscientos pasos más lejos junto á un azufaífo silvestre, de la especie que da su nombre al uadi Sidr, el árbol que los egipcios denominan nabq y los botánicos *Zizyphus Spina Christi*.

CONSAGRACIÓN DE LA IGLESIA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS EN LONDRES

LA consagración de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús en Londres hará época en los anales de aquella capital. Erigir una iglesia en honor del Sagrado Corazón en el foco mismo del Anglicanismo, donde no se reconoce al Sumo Pontífice como Jefe de la Iglesia de Cristo, raya en prodigio.

Los católicos de Londres que á mediados de Octubre concurrieron á las ceremonias de la consagración é inauguración de la iglesia mencionada, han orado llenos de santo júbilo, reconociendo las bondades y misericordias del Señor.

Bueno y misericordioso es el Señor, que particularmente en este siglo ha llamado á tantos hijos de Inglaterra al seno de la verdadera Iglesia; que consuela á los católicos con ver erigirse en todas partes iglesias públicas en que celebrar los Oficios Divinos, con ver restablecerse la jerarquía católica, con ver ya edificada esta iglesia, que es como una prenda de mayores bendiciones con que Dios se dignará favorecer y regalar á la antigua isla de los Santos.

Esta iglesia es un tesoro de subidísimo valor para el barrio de Battersea en que está situada, el cual tiene unos 20,000 habitantes, y de ellos como 2,000 católicos.

Los Salesianos, á quienes cabe la gloria de haberla edificado, tienen fundados motivos para esperar que esta obra sea germen fecundo de celestiales bendiciones, anillo primordial de una larga cadena de favores con que el dulcísimo Corazón de Jesús colmará de consuelo á los católicos ingleses.

La iglesia del Sagrado Corazón es obra notable de arte y de buen gusto. Mide cincuenta y dos metros de largo por veintidós de ancho; domina en ella el estilo romano, y tiene tres naves.

El altar mayor, todo de mármol, consagrado al Sagrado Corazón de Jesús, es precioso regalo de una insigne bienhechora de la Obra de Don Bosco. Cada una de las naves laterales tiene en su fondo una capilla en honor de María Auxiliadora y de San José, cuyos altares son igualmente de mármol. La decoración corresponde enteramente al estilo de la iglesia y nada deja que desear. Todos están conformes en decir que es una de las más hermosas de Londres.

La bendición de la primera piedra por el ilustrísimo Sr. Butt se efectuó, como saben nuestros lectores, el día 3 de Agosto de 1892, y la consagración el 14 de Octubre de 1893 por el Ilmo. Sr. Cagliero, vicario apostólico de Patagonia, estando la iglesia iluminada con profusión y llena de bote en bote de fieles.

El día siguiente, las Misas se sucedieron unas á otras desde las cinco hasta las once. Muchas fueron las personas que se acercaron á recibir la Santa Comunión, y sin número las que asistieron á la Misa de pontifical, que celebró el Ilmo. Sr. Cagliero, que entró en la iglesia precediéndole doble fila de acólitos, varios Religiosos Capuchinos y Benedictinos, y sacerdotes del clero secular, el Ilmo. Obispo diocesano Sr. Butt, el Rdo. Sr. D. Rua, el Canónigo Mac-Grath, los reverendos PP. Albera, Bourne, Rector del Seminario, Bonavia, Ronchail, Director de la Casa Salesiana de París, Wereat y Murnane, Rectores de otras casas de Misiones, etc., etc.

Aquel espectáculo imponente y extraordinario en Londres atrajo á no pocos protestantes, que contemplaron reverentes la majestad del culto católico.

El coro de cantores, compuesto de cincuenta voces, mereció grandes elogios.

Cantado el Evangelio, el Rdo. P. Fletcher, miembro en otro tiempo de la Iglesia anglicana y que, habiéndose convertido, es ahora celoso promotor y jefe de la Liga para la conversión de Inglaterra, subió al púlpito, y predicó un sermón tan elocuente y lleno de afecto y unción que los mismos protestantes hicieron de él grandes elogios, y lo publicaron en extracto en el diario *The Battersea Herald*.

A las siete de la tarde acudieron de nuevo los fieles para asistir á las Vísperas, que se cantaron con gran solemnidad, y oír un elocuente sermón del canónigo señor Akers, terminado el cual llevóse en procesión por el interior de la iglesia el Santísimo Sacramento.

En tanto que el coro de cantores entonaba preciosos himnos, numerosos acólitos desfilaban por la nave central precedidos de la cruz alta. Seguían unas veinte niñas vestidas de blanco y derramando flores, que for-



EN PAÍS DIGO.—Vaso de lluvia. (Pág. 107)

maban una como escolta al estandarte del Sagrado Corazón. Era el estandarte de terciopelo de seda rojo, recamado de oro, valiosísimo obsequio de una señora de Londres. Seguían los sacerdotes revestidos con capas de coro, y luego rodeado de antorchas y embalsamado con nubes de incienso, venía el Santísimo Sacramento en manos del Ilmo. D. Juan Cagliero. El espectáculo era bellissimo y conmovedor. Tanta era la



EN PAÍS DIGO.—Tocado de baile: flauta, lanzas, flecha, arco y carcaj, pendientes y pinzas depilatorias. (Pág. 109)

concurancia de católicos y protestantes que de rodillas adoraban profundamente á la Divina Majestad, que la procesión apenas pudo abrirse paso por la nave central.

A esta hermosa fiesta siguió el Octavario de la dedicación, que terminó el domingo 22, en que predicó por



EN PAÍS DIGO.—Conservación de las judías: una choza (Pág. 109)

la mañana un notable sermón el Rdo. P. Bernardino, de la Orden de los Capuchinos, y por la tarde, el reverendo P. Connolly; hízose una procesión por el interior de la iglesia con el Santísimo Sacramento, y dióse con él la bendición á los fieles.

LAS MISIONES SALESIANAS

En la carta que el Rmo. D. Miguel Rua, superior de la Congregación Salesiana, acaba de dirigir á los señores Cooperadores, leemos lo siguiente:

EL año próximo pasado ha sido de gran progreso para nuestras Misiones.

Bien que numerosa había sido la expedición de Salesianos y de Hijas de María Auxiliadora á fines de 1892, Dios inspiró á otras almas generosas el deseo de compartir los trabajos de los misioneros, y dos nuevas expediciones se han hecho después de la mencionada.

Partió de Turín la primera el día de Pascua, bajo la dirección del Ilmo. Sr. D. Luís Lasagna, que volvía á América, no ya como simple misionero, sino revestido

del carácter episcopal por la bondad de Su Santidad León XIII. Actualmente en el Brasil lamenta no tener suficientes auxiliares para evangelizar á los salvajes de aquella vasta república.

La segunda partió el 3 de Diciembre último bajo la dirección del Ilmo. Sr. Cagliero, quien con particular solicitud mira por la Patagonia Central, y deplora que en la Misión del Chubut no haya más que dos sacerdotes salesianos.

Un pensamiento desconsolador asalta á veces al misionero salesiano al atravesar aquellas inmensas llanuras y aquellas altísimas montañas. Queriendo que todas las almas de los infelices que habitan tan extensas regiones participen del beneficio de la Redención, no perdona sacrificio alguno con tal objeto; pero con frecuencia sus esfuerzos no producen mayores resultados á causa de la escasez de auxiliares y de medios pecuniarios, mientras ve pasar junto á él al pastor protestante bien abastecido de todo para sembrar el error. ¡Oh, cuán grande es el consuelo que con vuestra caridad proporcionáis al misionero! El Ilmo. Cagliero desea ardientemente ver terminadas varias casas é iglesias que los Salesianos comenzaban cuando él se dirigía á Europa. Sin enumerarlas todas, baste recordar la fundación de la del Rosario de Santa Fe, donde multitud de niñas pobres reciben educación é instrucción profesional bajo el cuidado de las Hermanas de María Auxiliadora...

En la república del Ecuador, no obstante el sensible fallecimiento del Rdo. P. Angel Savio, hemos establecido una residencia en Cuenca, y poco hace que de allí han partido algunos misioneros para las tribus salvajes de los jíbaros.

Os son conocidos los esfuerzos del Ilmo. Fagnano, prefecto apostólico de la Tierra del Fuego, para establecer una nueva Misión en la Isla Grande, en la tribu de los onas. Todo falta allí; pero confiamos en la Divina Providencia.

En Africa han fundado una Casa las Hijas de María Auxiliadora, al mismo tiempo que los Salesianos establecidos en Orán abrieron otra en Eckmühl.

Estas son las principales obras llevadas á cabo en 1893, que manifiestan cuánto se ha dilatado el campo de operaciones de los Salesianos.

Conozco perfectamente los grandes sacrificios que se imponen á veces algunos de nuestros excelentes cooperadores para sostener las obras que la Divina Providencia ha confiado á los hijos de Don Bosco; y al pensar en ello me siento conmovido. Sé que tenéis confianza en los obreros Salesianos, y no dudáis de que vuestras limosnas son bien empleadas en favor de la juventud pobre y abandonada y en el sostén de las Misiones católicas...

Herederio de los sentimientos de Don Bosco con respecto á las Misiones, miro con particular interés su desarrollo y me propongo destinar á ellas cuantos socorros pueda conseguir al efecto. Grande sería mi consuelo si pudiera en este año dar principio á las Misiones del Paraguay.

También deseo vivamente que se concluyan pronto los trabajos de la grande iglesia del Sagrado Corazón de Jesús en San Pablo del Brasil, que ha de ser de tanta utilidad para aquella populosa ciudad.

Sería muy satisfactorio asimismo pudieran emprenderse nuevas fundaciones en aquella dilatada república, donde tantas son las necesidades, y especialmente en Pernambuco, de donde nos llaman con encarecidas instancias.

No puedo poner fin á esta carta sin daros antes el más cordial agradecimiento por cuanto habéis hecho para ayudar las obras salesianas en lo pasado, y por cuanto os disponéis á hacer en lo porvenir. Por muchas que hayan sido las dificultades de los tiempos que corren, nunca se ha disminuído vuestra caridad y celo. Proporcionando además los recursos para la reciente expedición de misioneros, habéis querido contribuir á la propagación del reino de Jesucristo y ganar almas para el cielo por medio de nuestras Misiones. Vuestra generosidad é interés por la gloria de Dios, queridos cooperadores, nos llena de aliento el corazón, y nos da nuevos bríos para hacer toda clase de sacrificios para trabajar por el bien de las almas.

LA LEPROSERÍA DE COCORITA

Hace algún tiempo que Religiosas españolas se dedican en Venezuela al heroico y sublime apostolado de asistir á los leprosos, y al igual que ellas la Religiosa Dominicana de la isla de la Trinidad muestran á un mundo descreído las maravillas que únicamente puede producir la caridad cristiana. Nuestros lectores leerán ciertamente con emoción las siguientes noticias que tomamos de una Memoria sobre la precitada leprosería.

DURANTE el año de 1873 subió á ciento el número de leprosos en el hospicio de Cocorita. Las Religiosas eran once. Los alumnos de la clase inda llegaron á cincuenta. Entre los leprosos fueron bautizados dieciocho adultos y doce niños, é hicieron su primera Comunión doce adultos indos y diez adultos criollos.

En el mismo año murieron dos jóvenes Dominicas, después de hacer en igual día, mediante la profesión religiosa, los mismos sacrificios para consagrarse á las mismas obras.

Era una de ellas sor Luísa Germana, y contaba veintiocho años. Tenía á su cargo la clase inda. Haciendo alusión á su nombre de Germana, titulábase la «pastora de los pequeños coolies,» y era verdaderamente su guardiana y su madre.

Pocos meses después de su muerte seguíanla al sepulcro á la edad de veintinueve años sor María de los Angeles, atacada, como su compañera, de una enfermedad del pecho. La dicha de verse al fin en donde la habían llamado las secretas pero ardientes aspiraciones de su alma, parecía dar á su delicado cuerpo una fuerza que á ella misma la tenía admirada. Pero no tardó en sucumbir, y quedó reducida á una completa inacción, empleando sus ocios en pintar y dibujar, para lo cual tenía especial disposición.

Diez días antes de expirar, habiendo tenido una crisis que pensó sería precursora de su fin, escribía esta tierna despedida.

«Nuestro dulce Jesús quiere darme el consuelo de poder enviaros mi postrer adiós. ¡Sea por siempre ben-

dito! Os dirán cuántas gracias, cuántos sufrimientos y cuánta dicha me ha proporcionado desde el jueves... Y hoy tal vez, ó mañana, ó más tarde, creo será el gran día. ¡Cuán feliz soy, Madre mía! No ha mucho tiempo me sentía abatida por una terrible crisis, y apenas podía pronunciar *Amén* á la idea de que debería continuar aún así mucho tiempo... Mas miro mis pies, y los veo hincharse notablemente, y esta señal de partida casi me ha resucitado.

«... Todas nuestras Hermanas sin excepción son para mí verdaderas madres por la ternura y cariño que me atestiguan, así como por sus buenos cuidados...

«Adiós, Madre mía, adiós. Para vos toda la gratitud de este mi pobre corazón, y para todas nuestras Hermanas el afecto que rebosa, sobre todo en el momento de abandonarlas.»

¡A tal punto llega el espíritu de sacrificio de aquellas buenas Religiosas! ¡así saben morir en la leprosería de Cocorita!

Aquí no podemos menos de dedicar también un recuerdo á la memoria de otra Religiosa muerta el 7 de Mayo de 1877. La Rda. M. Catalina Dominga había partido de Bélgica, su patria, en 1869 para pasar su vida con esos infortunados cuyo contagio se evita echándolos fuera de las poblaciones. Apenas hubo llegado fué enviada como superiora al hospicio de Shina. Poco tiempo después la fiebre amarilla, que cayó como el rayo sobre las dos Comunidades Dominicanas, llamó á sor Catalina á más heroica abnegación. Día y noche cuidaba á sus Hermanas sin pensar en el peligro á que se exponía, y dió sepultura á las nueve víctimas que plugo á la Providencia señalar. Entre ellas contábase la Rda. M. María Dominga, entonces superiora de la Comunidad de Cocorita y directora del Asilo. Digna era de sustituirla sor Catalina, y fué investida de los dos referidos cargos. Fruto eran de su vivísima piedad una caridad muy grande, un celo extraordinario y una profunda humildad.

Pocos años después, en el momento en que perdía otra de sus compañeras, sintióse atacada. Dudóse al principio, pero el mal fué creciendo, empleando tres años en desarrollarse, hasta que por último la reverenda M. Catalina, ofreciendo su muerte como había ofrecido su vida, sucumbió. Una de sus compañeras, al anunciar esta dolorosa pérdida escribía: «No he visto muerte más dulce y más hermosa, y creo que así es como mueren los Santos. Después de su muerte ha quedado sonriendo y como rejuvenecida, y nuestros ojos no se causaban de contemplarla. Los enfermos de la leprosería han cubierto el órgano en señal de luto, y quieren pasar un mes sin tocarlo, como una débil muestra de lo mucho que la querían.»

En medio de una vida de miserias, de sacrificios y de privaciones, aquellas Religiosas saben encontrar una verdadera dicha, como se desprende del contenido de la carta que vamos á extractar. La Religiosa que la escribió era viuda cuando entró en la Orden de Santo Domingo. Su edad no la impidió solicitar con instancia la gracia de consagrarse hasta la muerte al servicio de los leprosos de Cocorita.

«Me siento tan feliz, decía, en medio de nuestros queridos leprosos, que no cambiaría por el más bello trono

del mundo mi sala de veinte enfermos con sus llagas repugnantes, lo confieso, y sus figuras más ó menos salvajes.

«Mi sala reúne un pequeño mundo que podría formar las delicias de un pintor, pues tengo como quien dice casi todos los tipos posibles: chinos, criollos, indos, negros, africanos, portugueses, americanos é ingleses, todos más ó menos desgraciados por la naturaleza ó por la enfermedad. Los hay sin pies ni manos, otros sólo tienen la mitad; unos con la boca torcida, otros con los ojos vueltos. Dos están medio locos, y un tercero lo está del todo. De otros dos, que apenas han salido de la infancia, el uno llora continuamente, mientras el segundo no cesa de cantar. Hay también dos músicos que nos dan magníficos conciertos con instrumentos de poco coste: el uno tiene una gaita zamorana, el otro su vaso de metal y su plato. Como veis, tenemos con qué satisfacer todos los gustos.

«Casi todos, jóvenes y viejos, me llaman su madre-cita, título que me tiene muy satisfecha y que me esfuerza en merecer, pues quiero ser para ellos, en cuanto pueda, una verdadera madre...

Otra Religiosa escribía más adelante:

«El número de nuestros leprosos varía de ciento doce á ciento quince; nuestra casa no puede contener mayor número de ellos. Durante el año pasado han sido bautizados ocho adultos y catorce niños, todos indos, y dos muchachas protestantes. Han muerto dieciséis enfermos, cuatro de los cuales pidieron el Bautismo. El trabajo de la gracia aparece más evidente en estos bautismos *in extremis*. Estas pobres gentes, ignorantes y groseras, quedan transformadas en un instante. El misterio que en ellas se obra por el Bautismo es visible aun exteriormente; es como el reflejo de la belleza que el alma acaba de adquirir mediante los dones sobrenaturales. Nuestros leprosos bautizados no sabían cómo demostrar su alegría. Felipe, uno de ellos, parecía tener una intuición especial de la gracia regeneradora, y repetía sin cesar:

«—Ahora está todo bien, bien; todos los pecados perdonados, lavados; morir, volar hacia Dios, ¡qué bueno! ¡qué bueno!

«Uno de los primeros protestantes convertidos por nuestras Hermanas, James Gordón, había permanecido enteramente fiel á sus deberes cristianos. Sufría como nadie al ver su vida tan penosa, sepultada desde los veinticuatro años en un hospital de leprosos; pero consolábanle los pensamientos de la fe. Era uno de los primeros que se ofreció á prestar á nuestras Hermanas los pequeños servicios que le permitía su estado... En poco tiempo quedó cubierto de tubérculos, y luego de úlceras, de pies á cabeza; su cuerpo extenuado era todo una llaga, y los diez últimos meses de su vida fueron un verdadero martirio. No podía mirársele sin horror: era un esqueleto vivo, cubierto de supuraciones. Además, sus nervios se habían contraído, y su boca se había casi cerrado: dos veces debió hacersele una operación para que pudiese respirar y tomar un poco de alimento; y aun era tan pequeña la abertura, que no podía comulgar sino con una partícula de la santa Hostia. Su paciencia fué constante hasta el fin.

«... María Juana era para el Asilo un ángel de ben-

dición. Si nuestras jóvenes son piadosas, á ella lo debemos, como que tenía el dón de hacer atractiva la piedad. Tres veces al día reunía en torno de su altarcito la sala entera de mujeres para rezar el Rosario, las Letanías y otras preces. La pobrecita había perdido parte de sus manos y pies, y no podía caminar sino arrastrándose: á pesar de sus dolencias, asistía á Misa todos los días y nunca omitía su visita al Santísimo Sacramento. A las tres y media estábamos seguras de encontrarla en la capilla, en donde permanecía hasta las seis y media. ¿Qué hacía durante tan largas horas? Es el secreto de los Angeles: nosotros

nos complacíamos en observarla, y su compostura nos edificaba. Arrodillada, con los brazos cruzados y la vista en el suelo, no cesaba de orar, y á veces corrían gruesas lágrimas por sus mejillas, maltratadas por la horrible enfermedad. Los días de comunión su visita se prolongaba; y si sus llagas le impedían ir á la capilla, la encontrábamos arrodillada delante de su altarcito. Había comprendido el misterio de la mortificación cristiana, pues nunca profería la menor queja. Hacía abstinencias tres veces á la semana, y en dichos días se contentaba ordinariamente con pan seco. Su devoción favorita era Jesús crucificado, y durante sus postreros días repetía sin cesar esta aspiración: «¡Jesús! ¡Jesús mío crucificado!» En sus últimos momentos pidió la Extremaunción, para la cual se preparó con extraordinario fervor. Contaba de quince á dieciséis años. Una buena mujer la había encontrado en un camino, dos ó



ARABIA.— El uadi Sidr. (Pág. 112)

tres días de pués de la fiebre amarilla, y la acompañó á nuestro hospital. Al saber su muerte, muchos de nuestros leprosos exclamaron: «¡María Juana, rogad por nosotros!»

«... El 31 de Diciembre el Sagrado Corazón nos envió por aguinaldo un negro leproso casi moribundo. Sus miembros medio podridos eran roídos por los gusanos, y todo su cuerpo despedía un hedor insupportable. Ese desgraciado sobrelevaba aquí sus sufrimientos con gran paciencia, y sentíase tan feliz que todo lo olvidaba para manifestarnos su gratitud. Viendo lo mucho que se debilitaba, rogué á nuestro capellán que explorase sus

sentimientos. A la primera visita pidió el Bautismo, que quedó aplazado á causa de su completa ignorancia de las verdades religiosas. Además de sus llagas, tenía una enfermedad de pecho que hizo tan rápidos progresos, que fué preciso el 9 de Enero pasado administrarle el Bautismo en su lecho de muerte. Adorné con flores el altarcito de la Santísima Virgen colocado al lado de la cama, y se verificó la sagrada ceremonia con asistencia de nuestras Hermanas y de multitud de coolies. No acierto á expresaros el gozo y la sorpresa de nuestro enfermo, sentado en su lecho, con pleno conocimiento, absorto ante ceremonias cuyo sentido no comprendía; pero claramente demostraba con la expresión de su rostro sentir perfectamente que grandes cosas acababan de pasar en él. Terminado el bautismo, arrodilláronse todos los asistentes, rezando en alta voz la acción de gracias. El mismo día empeoró su estado, y

después de otros siete de sufrimientos, rendía el último suspiro.»

Por no alargarnos demasiado reproducimos sólo un extracto de la carta de sor F..., dedicada hace largos años al servicio de los leprosos:

«... Nuestro Señor me asiste de una manera particular, así en lo espiritual como en lo corporal. Mi salud es siempre la misma; la fiebre me visita bastante á menudo; pero, á Dios gracias, puedo trabajar. Con frecuencia me sucede pasar noches enteras en continuos vómitos, sintiéndome tan postrada, que me parece imposible pueda hacer cosa de provecho á la mañana siguiente. Entonces digo á Nuestro Señor: «¡Dios mío! «Miembros vuestros son los que debo curar, y no hay «quien me sustituya: ved cómo lo arregláis, que esto «os toca á Vos!» Y el buen Maestro me da siempre fuerzas para llenar mi cometido sin gran trabajo y en tal manera que, á pesar de lo delicado de mi estómago, nunca me ha indispuerto el infecto olor de las llagas. A decir verdad, me siento muy dichosa en sufrir, pues así puedo adquirir algún mérito para el cielo.»

CRÓNICA

Roma.—Recíbense de Roma halagüeñas noticias respecto á los trabajos de unión de las Iglesias de Oriente y Occidente, que el sapientísimo Pontífice León XIII continúa dirigiendo con prudencia y tacto admirables.

La tenacidad de los orientales va doblegándose ante la necesidad de poner término al actual estado de división en sectas que les destroza y aniquila, y nunca como ahora ha tenido eco entre ellos el paternal llamamiento de la Catedral de Pedro, hábilmente secundado por el Congreso Eucarístico de Jerusalén, en el que los orientales se han puesto en comunicación y trato con el clero de Occidente, como si á los pies del Sagrado Corazón de Jesús olvidaran todas sus diferencias y seculares divisiones. ¡Quiera el cielo sellar esta unión, para bien de la Iglesia y prosperidad de los intereses comunes de Europa!

Siria.—Escribe el Arzobispo maronita de Berito: «El Rosario es muy venerado y practicado entre nosotros. Todo el mundo, hombres y mujeres, con pocas excepciones, tienen á honra el rezarlo. El Patriarca, al dar á los sacerdotes las licencias para confesar, se las da también para alistar á los fieles en la Cofradía. Nuestro Ritual contiene un ceremonial particular para celebrar las procesiones del Rosario, las cuales se hacen el primer domingo de cada mes y sobre todo el domingo primero de Octubre. Los cofrades rezan una tercera parte del Rosario los miércoles, viernes y sábados, y se confiesan el domingo primero de mes. Nada más edificante que ver sus Comuniones generales, sin que apenas quede un cofrade sin comulgar, especialmente en los pueblos. Yo mismo no puedo menos de sentir devoción y edificación cuando en mi iglesia de Aine-Saadé, donde resido por el verano, veo á todos los habitantes, grandes y pequeños, mujeres y hombres, acercarse á la Sagrada Mesa y mostrar tanto respeto y veneración á la Santísima Virgen.»

América del Sur.—El Rdo. P. Bernardino Vacchina, escribe desde la Misión del Chubut al Rmo. Sr. D. Miguel Rua:

«Me anuncian de Buenos Aires que no tardará en llegar acá el Rdo. P. Milanésio. Tengo ansias de verle después de un año que le espero, seguro de que mucho alentará y consolará á esta pobre Misión.

«Tras seis meses de fatigas comenzamos á ver los buenos resultados. En el mes del Sagrado Corazón de Jesús obtuvimos que

casi toda la juventud católica asistiese á nuestra escuela. No crea por esto que sea muy numerosa ni que llene la medida del deseo; pues á causa de la distancia á que nuestra residencia se halla del centro de la población no nos es dado todavía conseguir sino algunos obreros en las clases nocturnas.

«La iglesia ha sido adornada con sencillez. Es bastante frecuentada, sobre todo en los días de fiesta, y ya va notándose cierto mejoramiento en las costumbres.

«Según lo prescrito por Mons. Cagliero para todas las iglesias salesianas, celebráronse el mes pasado en la nuestra las Cuarenta Horas, y fueron harto consoladoras, tanto por la afluencia de fieles como por el recogimiento en las funciones sagradas y por el número de confesiones y comuniones.

«Mucho anhelamos, querido Sr. D. Rua, nos envíe algunos auxiliares que nos ayuden á trabajar en esta viña del Señor. No poco bien podría hacerse entre los protestantes, que llegan á cerca de cuatro mil, si contáramos con un sacerdote que supiera el inglés.

«El trabajo entre los indios no podrá efectuarse hasta que venga el Rdo. P. Milanésio, que conocedor de su lengua y veterano en las Misiones, podrá hacerlo, Dios mediante, con gran éxito.»

Ecuador.—El Rdo. P. Agustín Bruzzone escribe desde Cuenca el 20 de Agosto de 1893:

«Ha llegado de Quito á esta ciudad, nuestro hermano Jacinto Pancheri, con el intento de partir dentro de pocos días á la exploración de Gualaquiza en compañía del Rdo. P. Espinelli.

«Si el Rdo. P. Savio no hubiera salido de este mundo no habríamos esperado hasta ahora para emprender esta importante obra. No pudiendo yo ausentarme por largo tiempo de esta casa de reciente fundación, acompañaré á lo más por un mes á los misioneros susodichos. El viaje de nuestros hermanos en reconocimiento de aquel territorio será largo y peligroso; pero confiados en la asistencia particular de María Auxiliadora creemos volverán ellos sanos y salvos, y tendrán el consuelo de ver recompensadas largamente sus fatigas.

«Si no se pudiese ir al encuentro de los jibaros por Gualaquiza iremos por el valle de Méndez, cuyos habitantes, aunque salvajes, son más dóciles, según se nos dice, y cuya tierra es casi un paraíso terrestre.

«Mucho suplicamos al Señor mande obreros evangélicos á trabajar acá, donde la mies es abundantísima y donde se abre vasto campo de acción entre los salvajes.»

Tierra del Fuego.—El Ilmo. José Fagnano, prefecto apostólico, escribe desde Puntarenas, el 10 de Abril de 1893, al reverendísimo Sr. D. Rua:

«Le hablé en mi última de mi viaje al Norte de la Tierra del Fuego, y debo ahora darle breves noticias sobre las dificultades y peligros ocurridos á mi regreso.

«Sabe ya V. que formaban parte de esta excursión dos indios de nuestra Misión de San Rafael, á los cuales se agregó Benicio en el camino, y más tarde otro deseoso de conocer nuestro caserío ó pequeña colonia; pero al cabo de un día de camino se fué sin decir nada, y su mal ejemplo no tardó en ser imitado por Benicio, muchacho de muy buena índole que había ya aprendido de memoria el *Padre nuestro* y el *Ave María*, y se había acostumbrado á nuestra galleta y sopa, pero no á usar otro traje que una piel de guanaco. Es de esperar que, habiendo sido siempre bien tratado, llegará un día á reunirse de nuevo con nosotros.

«La vuelta á la casa de San Rafael atravesando pantanos y bosques espesísimos fué fatigosa.

«Agotadas casi enteramente las provisiones que llevábamos, sin tener más que un poco de café y azúcar, y sin encontrar caza, necesitábamos apresurar el paso, y esto nos obligó á dejar en el camino un caballo cansado, sin poder detenernos.

«Llegamos, por fin, frente á la isla de Dawson, al lugar convenido para dar la señal de nuestro regreso, baciendo tres hogueras, á fin de que viniera á tomarnos nuestra goleta *Auxiliadora*.

«Hacia dos días que soplaba un viento fuerte que encrespaba las olas é impedía la navegación por aquella parte del mar llena de escollos. El ruido producido por las aguas y el viento era atro

nador. Preciso fué, sin embargo, hacer de la necesidad virtud, y nos pusimos á recoger moluscos en la playa para comerlos cocidos. A Dios gracias vimos aparecer una nave, y luego un bote con cuatro remeros que, guiados por el piloto, coadjutor salesiano, Jacinto Villacura, se acercaba á la ribera. La contemplábamos, ansiosos de que llegara, cuando de repente la vimos volver atrás en dirección á la goleta. Y así era necesario para salvar el bote y la goleta; porque eran tales las olas y tan impetuoso el viento, que si los marineros hubieran insistido en llegar á tierra habrían de seguro naufragado.

«A las tres de la tarde calmóse el viento; la goleta echó sus anclas, y el capitán se acercó á nosotros en un bote, sin poder tocar tierra por la agitación de las aguas; de modo que me fué necesario ir hacia el barco y meterme enteramente bañado en él. ¡Qué día tan penoso aquél! Pero todavía la noche fué peor. Mis compañeros, que no pudieron embarcarse, recibieron un saco de galletas y un pedazo de carne, con que sustentarse. Mucho sufría con el mareo, pero era mayor mi sentimiento al pensar lo que estarían sufriendo mis compañeros que quedaban esperando en la playa. Pasados dos días y dos noches en un mar borrascoso, tuve al fin la suerte de llegar sin novedad á San Rafael. A poco el tiempo se calmó y *La Auxiliadora* partió de nuevo en busca de los hermanos compañeros de viaje, quienes llegaron al día siguiente. Grande fué la alegría general, y cantóse un *Te Deum* para dar gracias á Dios por el feliz éxito de nuestra expedición.

«Este año se comenzarán los trabajos evangélicos en la tribu de onas; debemos preparar desde luego cuanto es necesario para el establecimiento de la fundación que ha de hacerse en el centro de la Tierra del Fuego; los gastos serán muy crecidos; pero confiamos en que la Divina Providencia vendrá en nuestra ayuda por medio de los buenos cristianos, que con su caridad ganarán para el cielo las almas de pobres salvajes dignos de la mayor compasión.

—Desde dicha isla de Dawson escribe otro Padre misionero el 13 de Agosto de 1893:

«Pasados tres meses en la casa de Puntarenas he vuelto á esta isla á ocuparme en la instrucción y educación de los pobres niños indios, en quienes están fundadas las más halagüeñas esperanzas. Verdad es que no gustan de trabajar y son rebeldes á la disciplina, pero con todo dan motivos de verdadera satisfacción, y más que en otros lugares donde sólo es menester trabajar entre gente civilizada.

«Asisten á la escuela dieciocho niños, casi todos saben ya el pequeño catecismo y un poco de aritmética y de historia sagrada. Espero que antes de mucho algunos sabrán ayudar á Misa. Aman las cosas de iglesia y tienen gran afición al canto religioso.

«Salvo cinco que aprenden el alfabeto, los demás frecuentan ya los Sacramentos.

«Pido á Vds. oraciones especiales para las Misiones de la Tierra del Fuego, muy necesarias ahora que Mons. Fagnano ha establecido una nueva Misión en el centro de esta isla.

Filipinas.—Las siete Misiones que los Padres Agustinos Calzados de Filipinas fundaron el año pasado de 1893 en lo más escabroso de los montes de Ilocos, van dando un excelente resultado. Sólo en el distrito de Tiagán lograron convertir y bautizar en el otoño del año pasado más de dos mil infieles, como lo refieren los periódicos de Manila del mes de Enero de este corriente año, de uno de los cuales, del 4, copiamos lo siguiente:

«Conversiones.—Como ya saben nuestros lectores, del 19 de Octubre al 20 de Noviembre próximo pasado se bautizaron en el distrito de Tiagán más de dos mil infieles.

«El excelentísimo señor Capitán general, para demostrar su satisfacción y dando una prueba más de sus sentimientos caritativos, ha dado cuatrocientos pesos para comprar ropa á los nuevos cristianos.

«El ilustrísimo señor Obispo de Vigán también ha entregado al misionero de la cabecera del distrito cien pesos, y el reverendo Padre Provincial de Agustinos otros cien.

«La distribución de la ropa se ha verificado en los días 24 y 25 del corriente en el pueblo de San Emilio, cabecera del distrito.

«Al acto, que resultó verdaderamente solemne y brillantísimo, asistieron todas las rancherías y la colonia española.

«El Sr. Pocurull, comandante político-militar, pronunció un discurso, haciéndoles saber quiénes eran los donantes. Los nuevos católicos se manifestaron profundamente agradecidos por los regalos que recibían.

«Con este motivo ha habido varios festejos en la cabecera, reinando la mayor alegría y satisfacción.»

Noticias varias.—Una terrible inundación ocurrió en los días 14 y 15 de Octubre último en el distrito de Okayama, en el Japón central, donde está establecida una de las cristiandades más florecientes de la Misión. Según los datos recogidos hasta el 23 de Octubre, hay 414 muertos en la prefectura Okayama, 644 heridos y buen número de desaparecidos. Han sido destruidas 6,842 casas, y otras 40,429 han tenido más de un metro de agua, y han sido arrastrados 1,422 puentes. En medio de los desastres espantosos causados por el agua, se señala un hecho notable de la protección divina. El altar de la Santísima Virgen, con la imagen de Nuestra Señora de Lourdes y su magnífico relicario de San Jaime, Ichi-Kawa, patrón de la Misión, flotó y cambió de lugar; pero ni la imagen ni el relicario sufrieron ningún desperfecto.

—Ha sido nombrado Superior de la Misión de Costa de Oro, en el continente negro, el Rdo. P. Juan Michón, de la Sociedad de Misiones africanas de Lyon.

—El capitán inglés Lutgard comienza á dar á la prensa explicaciones importantes, aunque amañadas, de la catástrofe de Uganda. El empeño del principal autor del atentado es enredar dicha cuestión con las más importantes que hoy suscita la colonización africana, y la intención es bien notoria. Con ello trata no solamente de salvar su responsabilidad, sino de impedir que se satisfaga por el Gobierno de la Gran Bretaña é Irlanda la indemnización solicitada.

VARIEDADES

BREVE RELACIÓN DE ALGUNOS ANIMALES QUE PUEBLAN LA ISLA DE FERNANDO POO

ENTRE la prodigiosa multitud de animales, dice el P. Joaquín Juanola, misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María, que habitan en los espesos bosques de Fernando Poo, haré mención especial de algunos de los pertenecientes al género de los mamíferos.

Perro Mbuá.—Existen en gran abundancia los perros llamados de raza bubí, los cuales, aunque no ofrecen caracteres especiales que los distingan de los de la raza común, se diferencian, sin embargo, por su extraordinaria viveza y por lo exquisito de su olfato. Casi nunca se les oye ladrar, y es tal su ligereza, que se lanzan tras el antílope, á quien dan alcance no pocas veces.

Antílope-Sechi.—Es algo parecido á nuestra liebre. Tiene por lo común pie y medio de alto por dos y medio de largo. Es sumamente fecundo, y su velocidad es tanta, que cuando corre parece más bien estar desbocado: favorecenle sus piernas, muy delgadas relativamente al volumen del cuerpo; la cola es como la de nuestra liebre, el hocico como de podenco, sus cuernos cortitos y afilados, y su balido como el del cabrito.

La carne de este mamífero es muy codiciada de los bubís por ser sana y gustosísima. De aquí que cuando en un pueblo se ha de celebrar una boda ú otra fiesta

cualquiera, todos sus moradores se dirigen al bosque dos ó tres días antes, y puestos allí con cierto orden y simetría, arman una gritería inmensa, y disparando á un tiempo sus fusiles y otras armas, logran que todos los antilopes de aquel contorno se espanten y huyan sin tino: entonces es cuando, unos con piedras ó palos y otros á tiros, dan muerte á gran número de ellos. Vueltos al pueblo, las mujeres y los niños se entretienen en lavarlos, y luego de despellejados los asan ó socarran al fuego. Son tantos los que suelen coger en esas cacerías clamorosas, que en una ocasión tropecé en medio del bosque con un pueblo que venia de una de éstas, y, según lo que alcancé con la vista, llevaban unos 150 antilopes, sin contar otros varios animales, como puerco espines, monos, etc., que habian de constituir al día siguiente el festín de una boda.

Cierro-Nchu.— Tanto en su organismo como en el gusto de su carne, tiene parte de buey y parte de cabra. Sus dimensiones son las de una cabra grande. Corre mucho y lo cazan como el antilope, aunque no abunda tanto como este último. La cabeza y las pezuñas son de búfalo, lo restante del cuerpo se asemeja á la cabra. Algunos indígenas tienen sus quiméricas supersticiones acerca de él; así es que no quieren comer de sus carnes, en lo cual hacen bien, puesto que la carne de esta especie de ciervos, aunque gustosa, es bastante indigesta y difícil de cocer.

Buey-N'hobbo.— Esta raza no existe aquí ya en estado silvestre, por más que, al decir de los indígenas, hubo tiempos en que abundaron mucho en estos espesísimos bosques. Hay, sin embargo, quienes aseguran haber visto aun no pocos en las alturas del pico de Santa Isabel y en algún otro monte; pero con fundamento creemos que no pasará de ser esto una mera suposición. Mas ¿cuál habrá sido la causa de haberse extinguido tan importante raza? Esta parece ser la siguiente:

Los bubís celebran todos los años unas fiestas muy ruidosas y de gran celebridad entre ellos, llamadas fiestas *de las pieles* (*loobo uala*), y que pueden en alguna manera compararse á nuestro gentilicio Carnaval. Ahora bien: como el principal instrumento de esos días de algazara lo constituye una piel de buey, con la cual hacen mil evoluciones y celebran todas sus danzas tremolándola y golpeándola á guisa de tambor, de aquí que, para proveerse cada individuo de una ó muchas de estas pieles, se dieron á la caza del buey con tanta actividad que hicieron desaparecer la raza. Persona hay que posee hasta diez y aun veinte de estas pieles, perfectamente conservadas al humo y entre el hollín.

Mono-Chobbo.— Son varias las clases de monos que se crían en Fernando Poo; hemos visto ya de cuatro clases diferentes, y por lo que hemos oído á los indígenas, existe en estos bosques el gorila ú orangután. Además del nombre genérico de *chobbo* que los bubís dan á cualquier mono, distinguen con el de *mbochi* al de pelo muy largo y que le cubre la cabeza y frente, con el de *nna* al de color muy negro y de cola larga, con el de *mobba* al de grandes proporciones, con el de *chuppu* á una especie que tiene el rabo corto y el pelo cobrizo, y, finalmente, con el de *n'chobbo man* á la especie más parecida al hombre, y que debe ser el gorila.

LA RELIGIÓN MAHOMETANA

El Mahometismo en nuestros días ha perdido su primitiva pureza; los partidarios de la tradición ortodoxa se dividen en cuatro escuelas diferentes, fundadas por Abu, Anifa, Malck-Mahomed, Eben-Edus y Eben-Anbal; el primero toma por principio la incapacidad humana; el segundo la ignorancia para resolver las cuestiones, el tercero el estudio y perseguir el juramento, y el cuarto proscribire las diversiones públicas, con tantos prosélitos, que á su muerte asistieron ochenta mil hombres y sesenta mil mujeres, y sus sectarios formaron una terrible rebelión en Bagdad en tiempo de Alradí.

Los heterodoxos mahometanos se dividen en setenta y tres escuelas, siendo las más notables: los *motazalitas*, que niegan todos los atributos divinos, menos la eternidad; los atribuístas, que además de los atributos eternos, admiten en Dios otros accidentales; los drusos del Líbano, dueños de aquel territorio y corruptores de la célebre Orden cristiana de los Templarios; los caregitas, hombres libres que se separaron de Alí por haber obrado éste contra sus derechos, sometiéndolos á un arbitraje del califa; los cismáticos de Alí, que sólo reconocen por jefe á éste y á sus sucesores, y los wahavitas de nuestro siglo, que han derramado torrentes de sangre y han sometido tribus errantes, desde Damasco á Bagdad, hasta ser derrotados por Ibrahín; las cuatro sectas de la doctrina pura y las setenta y tres heterodoxas, que empiezan desde el año treinta y siete de la muerte de Mahoma, han dividido el Mahometismo, y ninguna sigue con pureza la doctrina antigua.

Ibanmer, Wandiki, Yalé y Silvestre de Sacy, han escrito sobre la religión de los árabes, como Cantú y el holandés Collier, que vivió en Constantinopla en el siglo pasado: el inglés Gibbón ha querido probar la conservación del Mahometismo á través de los siglos, por deprimir al Cristianismo, fundado en que en todas las naciones de religión mahometana, se repite la fórmula de la unidad de Dios, como en tiempo de Mahoma; pero nada nos prueba su aserto, pues los árabes han perdido la doctrina pura, ramificados en sectas.

No experimentó el dualismo de Persia divisiones tan hondas como la religión mahometana á los treinta y siete años de su nacimiento, ni produjo ninguna religión idólatra guerra tan horrible como la promovida por los sectarios de Alí, recién salidas á luz las creencias mahometanas, ni pueblo alguno se encontró tan pesaroso de su conversión como el pueblo árabe, que en número inmenso se apartó de la doctrina nueva, queriendo volver al Sabeísmo, Judaísmo é idolatría.

El Mahometismo no tiene unidad de creencias, ni presenta armonizados sus dogmas, por cuanto el Cristianismo, Judaísmo y Sabeísmo, que fueron las tres religiones de que se formó, son opuestas entre sí, sin que todas tres puedan ser al mismo tiempo verdaderas, y mucho menos la mezcla de ellas, realizada por Mahoma en el Corán.

El Mahometismo no sólo proclama la autoridad absoluta y despótica del monarca, reduciendo los pueblos

á mísera servidumbre, y proclama la esclavitud de la mujer, sino que autoriza al hombre para que viva en medio de placeres sensuales esclavo de la carne; niega la libertad humana, conduciendo al fatalismo, y convierte en centro de placeres la mansión de los bienaventurados.

Y no podía ser de otro modo, por cuanto Mahoma aparece fundando su religión con los caracteres de un impostor. Le acompañan la soberbia y la presunción; porque en cualquiera de los puntos de su doctrina se reserva el más importante oficio ante el Eterno, afirmando que fué enviado para convertir á los genios, hados y gigantes que habitaban el globo antes de crear al hombre; que en el paraíso tendrá más ninfas para gozar que ninguno de los creyentes; que en el día de la Resurrección, Noé, Abrahán y Moisés perderán su oficio de intercesores ante Dios, para entregarlo á él; que en el fin de los tiempos, Adán, Noé, Abrahán y Moisés abrazarán la ley alcoránica, y que es directa su comunicación con la Divinidad.

Aparecen en Mahoma la ignorancia, la ambición y la mentira: la ignorancia, porque no pudo formar su religión sino tomando las doctrinas de religiones diferentes preexistentes en su pueblo; y no sabiendo leer, no pudo comentar debidamente la Biblia por falta de conocimientos históricos, filosóficos y teológicos, estudios que distan mucho de los que pudo adquirir el falso profeta en su vida errante de mercader por la Siria y la Palestina; la ambición, porque encontrando á su pueblo dividido en tribus nómadas, errantes é independientes, sin gobierno fijo por las heterogéneas formas de la idolatría, comprendió que para llegar á unificarlo con un gobierno absoluto, debía enseñar que sólo hay un Dios y una Religión, que la tierra es de Dios y la recibe el profeta, único rey de su pueblo; la mentira, porque se contradice en muchos puntos, y aparece sin antecedentes que puedan acreditar su supuesta misión divina.

Mahoma no puede pasar por hombre extraordinario y grande sino ante los pretendidos sabios racionalistas, acostumbrados á medir la justicia por el éxito y grandeza de los acontecimientos; ridículo discurrir, una vez que el triunfo no es siempre en la tierra de las causas justas, sino que á veces sucumben los grandes capitanes en la batalla, padecen los justos el martirio, y triunfan los que tienden al fin sin reparar en los medios.—J. R.

MEZQUITA DE SANTA SOFÍA, EN CONSTANTINOPLA

La viuda martirizada en Roma con sus tres hijos bajo el imperio de Adriano y que la Iglesia conmemora el día 1.º de Agosto, tuvo su templo magnífico, digno de su memoria y de su santidad. Lo edificó Justiniano I y fué consagrado en el primer tercio del siglo VI.

Más tarde el hermoso templo de Santa Sofía fué convertido en mezquita por Mahomet II.

Sin duda alguna es la más importante y más hermosa construcción de Constantinopla dedicada al culto divino.

Fué colocada la primera piedra del suntuoso y tradicional edificio en el año 532, solemnizándose el acto, como era costumbre en aquella época, en presencia del

célebre Justiniano I, emperador de Oriente, famoso en la historia por sus cualidades de guerrero y de legislador, ortodoxo intransigente, que cerró la escuela filosófica de Atenas.

En la construcción del templo de Santa Sofía fueron empleados diez mil hombres, bajo la inteligente dirección de cien maestros arquitectos.

El coste total de la obra ascendió á cien millones, enorme cantidad, tomada para el objeto del tesoro imperial.

La cúpula se levanta á una altura de cerca de doscientos pies, y mide ciento siete de diámetro.

Con el objeto de hacer esta cúpula lo menos pesada que fuese posible, emplearon en su construcción como principales materiales la piedra pómez y el ladrillo del Ródano. Cuando estaba concluyéndose esta construcción, fué deteriorada á consecuencia de un terremoto que imprimió en ella brascas sacudidas, pero poco tiempo después fué objeto de restauraciones que borraron las huella del temblor.

Muy pocos templos en el antiguo y en el nuevo mundo ostentan un interior de tan asombrosa magnificencia, de tanto lujo decorativo, de tantos esplendores de arte, como se admiran en todo el interior del histórico templo de Santa Sofía, cuyas obras de ornamentación son de los más ricos mármoles de tan variados como vivos colores. Ninguno como este maravilloso templo completa su interés histórico y atractivo artístico, descansando sus anchas bóvedas sobre las columnas que sustentaron en remotas edades los templos consagrados á los antiguos dioses en Heliópolis, en Efeso, en Delos, en Baalbec, en Atenas y en Cysico, de donde fueron sustraídas, para aprovecharlas en la construcción del templo de Santa Sofía. En su interior el excursionista observador é inteligente no puede menos que maravillarse, contemplando los atrevidos arcos, la hermosa cúpula y otros muchos detalles que glorifican el arte y el ingenio del hombre.

El aspecto de este interior, es suigeneris especial único. La riqueza y la variedad en todo, las raras labores de adorno carecen de armonía, no tienen unidad, pareciendo que obedecen á pensamientos distintos entre sí, que están fuera de un plan general; pero en esta misma diversidad de formas y de colores está el grandioso efecto de perspectiva, está el encanto.

Los pisos, así como las paredes laterales, son de mosaicos de exquisito gusto.

Se quiso preservar al edificio de los estragos de un incendio, y á este objeto, de madera tiene únicamente las puertas.

SUBSCRIPCIÓN

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para la Obra de la Propagación de la Fe

José Navarro Salinas, de San Ildefonso. 3'50 ptas.

Para las Misiones más necesitadas

Juan Roure, de Bañolas. 26 »

(Se continuará).

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona